BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO LXV.

VENTURA RUIZ AGUILERA
POESIAS.

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
Arenal, 11
1908

Imp. de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

ADVERTENCIA.

Encargado por mi distinguido amigo el Editor de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, de coleccionar algunas de las producciones en verso que más han contribuido á la gloria del eminente poeta D. Ventura Ruiz Aguilera, se publica hoy este trabajo, en que el coleccionador no ha tenido que escoger, sino simplemente incluir, lo que hojeando en las obras de dicho autor, ha encontrado primero.

Las composiciones á que aludo, pertenecientes á distintos géneros, muestran la variedad, la originalidad y la novedad que caracterizan el génio poético del Sr. Ruiz Aguilera, que es quien, á mi juicio, más se inspira en el verdadero espíritu de la época presente, manifestando cada una de ellas la fisonomía poética entera y completa del mismo.

Suplan los párrafos de extensos artículos críticos que á continuacion de estas líneas se reproducen, y en cuyas ideas abundo, cuantas consideraciones me sugiere el detenido estudio de las poesías de nuestro popular é insigne lírico.

G. P.

BIOGRAFIA.

. . . .

. . . .

Nuevos laureles añaden las *Elegías* á la corona del modesto vate: laureles tejidos con espinas y entrelazados de ciprés. Diálogo sombrío con la muerte se llama á este libro en el prólogo que lo antecede, cuyas voces «son extrañas, como que se dirigen á otro mundo, y las responden bocas que no tienen lengua, y que él (el poeta) dice en su poesía misteriosa ser las voces de los niños que llaman desde los abismos del cielo á su nueva compañera. Son sus versos como esos sonidos que se perciben en las soledades y que no se sabe de dónde vienen, si de la garganta de un pájaro, ó de la corriente de un manantial, ó del movimiento de los árboles al volar un vientecillo. Lo que hay en ellos que hace extremecer, no son sus ecos agudos, sino sus rumores vagos. Cuando un poeta de alma enérgica como éste exhala su dolor en altos gritos, no nos maravilla, porque conociendo el temple de su musa, aguardábamos la explosion de sus ardientes quejas. Pero su débil gemido, sabiendo ya

la extension de su padecer, os aseguro que me espanta, porque recuerdo que así se duele el moribundo cuando no tiene ya fuerzas para sufrir más.»

Así caracteriza la distinguida autora del prólogo (1) la última obra del Sr. Aguilera, y á la verdad que tiene razon en sus palabras. Hay en las *Elegías,* sin embargo, un sentimiento de profunda resignacion cristiana que templa la amargura del acerbo dolor que respiran; una exquisita delicadeza, que les presta cierta grandeza meláncolica y halla en nosotros una respetuosa simpatía, bien diferente, á la verdad, de la piedad desdeñosa que nos produce la desesperacion sentimental y soberbia de tantos artificiales imitadores de colosales aberraciones, hijas de un sentido moral y estéticamente depravado. Lo que distingue al Sr. Aguilera como hombre, es lo mismo que constituye su gloria como poeta: la verdad, la naturalidad del sentimiento, lo elocuente de la fantasía, lo sano del corazon. Apasionado de todo lo grande; severo, aunque noble censor de todo lo mezquino: idólatra entusiasta del bien, así nos infunde su fervorosa piedad, como nos comunica su vehemente amor por la libertad y la dignidad humanas: lo mismo nos conmueve, evocando las sa-

---

(1) **La señora doña Carolina Coronado.**

gradas tradiciones nacionales, que nos encanta con las benditas emociones de la familia, y todo lo expresa con igual calor, porque todo lo cree y todo lo siente.

El poeta acaba de perder su única hija, y ha querido perpetuar su memoria en estos tiernísimos cantos. Contemplando su dolor con esa libre serenidad propia de las almas superiores, hace revivir en su fantasía el poema de la pura existencia, que apénas ha podido estrechar entre sus brazos, evoca uno por uno todo sus instantes, y se los representa al través de su melancólica tristeza. Son, pues, las *Elegías* la verdadera historia de un paréntesis de ventura en una larga série de infortunios. Sólo esta vez amenazó romper sus tinieblas un rayo de sol: sólo esta vez pudo aquel noble espíritu saludar ante un mundo de infinitos consuelos el momento más bello y animador de su vida... pero ¡ay! tambien el más breve. Y ahora, apagado el fugitivo relámpago que dará desde hoy nuevo y más alto sentido al hombre y al poeta, complácese éste en recorrer, en la crudeza del invierno y á la moribunda claridad de la luna, aquellos sitios, otro tiempo frondosos con el esplendor de la primavera y encendidos por la luz del mediodia. El nacimiento de Elisa, su risueña y bendecida infancia, su hermosura llena de gracia y de candor, su vida íntima,

poblada de inolvidables pormenores y de inefables encantos; despues, los crueles presentimientos del padre, rechazados primero con terror, realizados al fin con la muerte de su única esperanza, su espanto increible, su amarga pena, su soledad y sus recuerdos... todo se va desplegando ante nuestros ojos y nos sumerge en indefinibles emociones: porque en aquel dolor, tan terrible á la vez y tan sereno, nos sentimos á nosotros mismos, y nos identificamos con el hombre que, engrandeciéndonos con su propia grandeza, nos levanta por su inspiracion y su carácter á una contemplacion universal, sobre todo límite de lugar y tiempo. . . .

. . . .
. . . .
. . . .

De un artículo de D. Francisco Giner, acerca de las *Elegías*.—1862.

LIBRO DE LA PATRIA.

. . . .
. . . .

En todo el libro encontré una alta idea, la idea del derecho nuevo, hoy reconocido

y aplicado. Me agradó la elevada concepcion, la osadía de un escritor, que trata de explorar los infinitos elementos poéticos de nuestro siglo, de este siglo injustamente motejado de prosáico. ¡Pues qué! El siglo de las grandes redenciones, de las grandes conquistas intelectuales, el siglo del progreso, ¿puede en ninguna manera ser enemigo del arte, que busca siempre los altos y más bellos ideales?

Inspiran el libro de Aguilera (este es el nombre del poeta, cuyos versos hemos citado) el noble sentimiento de la pátria, manifestado en las glorias históricas, en las bellezas del suelo, en la actividad laboriosa de algunos de sus hijos. Bullen en él, como ideas fundamentales, la dignidad nacional, el recuerdo de los grandes dias, la nobilísima aspiracion al ideal democrático, el sublime amor á la verdad y á la libertad, y como complemento y síntesis de todo esto, la fraternidad universal.

Hechas estas reflexiones, ¿cómo he de resistirme á admitir el libro? No; entre esta poesía y nuestra prosa, la prosa constituyente de hoy, no hay antagonismo, sino más bien un estrecho é indisoluble consorcio. Acordes y abrazados van el sentimiento que ese libro despierta, y la preocupacion política que hoy nos invade. No vacilo en admitirlo, y continuando con mi *Sesion de Cor-*

tes en la mano (por fin he logrado arrancarla de las uñas del gato), voy á bajar del desvan y descubrir la hermosa estatua que escondí en él, seguro de que nada hay profano para las musas. La incomparable diosa se nos mostrará más elocuente, más expresiva, más inspirada y hermosa ante los altos ideales del siglo XIX. ¡Gran musa española, despierta! Sin soltar la *Sesion de Cortes*, ni arrojar de mi mente la preocupacion de los intereses materiales, me atreveré á escribir en tu pedestal las admirables palabras que hallo en el mismo libro de Aguilera: «La poesía, en algunos períodos históricos, haenseñado á los hombres á aborrecerse; recibido el bautismo de los tiempos nuevos, debe enseñarlos á amarse.»

BENITO PEREZ GALDÓS.

De un artículo sobre el *Libro de la Pátria*.

ARMONÍAS Y CANTARES

Acaba de publicarse este libro, tan elegantemente impreso, que honra á nuestra tipografía. Con él adquiere el distinguido poeta de las *Elegías* y los *Ecos Nacionales* un nuevo título de gloria que añadir á los anteriores, con que la pública opinion consagra sus merecimientos.

Las obras del Sr. Ruiz Aguilera poseen la cualidad, tan preciosa como rara (y más en nuestros tiempos), de responder al sentimiento y gusto artístico de todas las clases sociales, cualquiera que sea su educacion literaria. El espíritu elevado de genialidad y fantasía, halla en ellas una inspiracion grandiosa, que saca de todas las cuerdas del corazon sonoras notas, que en todos despierta un acorde poderoso y universal. El pueblo responde con entusiasmo á los varoniles ecos en que el cantor de sus queridas memorias y de sus ingénitos afectos le ofrece su mismo ideal, concebido en la santa comunion de la pátria, fortalecido por una personalidad vigorosa, y depurado con la libertad y gallardía del más delicado arte. El hombre culto, apasionado de la pureza y correccion de las formas clásicas, siente allí revivir á Virgilio y al maestro Leon, vivificados por la sávia moderna. La mujer y el adulto, el niño y el anciano, contemplan objetivados allí todos los sueños que, como fuegos fátuos, sienten cruzar por su mente, sin darse cuenta clara de sus rápidas emociones

Y esto acontece, porque el Sr. Ruiz Aguilera no es un rimador vulgar ni erudito, sino un poeta de sentido humano, comprensivo, real, de inspiracion ferviente y magestuosa, de espíritu cultivado en sanos estudios, que

se admira en las Academias, enternece en los salones y se canta en las plazas públicas.

El nuevo libro que motiva estos desaliñados renglones, se divide en dos partes enteramente diversas.

La primera, titulada *Armonías*, contiene cinco poesías líricas de inestimable valor. Serenas contemplaciones de la naturaleza y del espíritu, como el autor las llama, no se sabe qué sobresale más en estas odas, si el íntimo y profundo sentido con que penetra en las bellezas de aquella, ó la religiosa emocion que lo eleva á Dios en alas de la piedad cristiana; la serenidad con que convierte sus ojos al espectáculo interior de sus dolores, ó la pura y libre mirada que tiende á la vida perecedera del hombre.

La segunda parte comprende ciento setenta y seis *Cantares* (1) de diferente intencion, género y corte, entre los cuales los hay de una hermosura tan acabada, que parece insuperable. Notables son estos cantos, y llevan un sello tan popular, que muchos de ellos ya se han incorporado á la literatura del vulgo, que los conservará en el inagotable arsenal de sus recuerdos; pero lo que á nuestro entender levanta en este libro al Sr. Ruiz Aguilera á la altura de los pri

(1) Tal era el número de los contenidos en las dos primeras ediciones.—La coleccion completa consta hoy de trescientos.

meros líricos de las primeras literaturas, son las *Armonías*, pequeños poemas llenos de fé y de consuelos, tan tiernos como los de Schiller, tan profundos como los Byron, tan bellos y concluidos como los de Goethe.

FRANCISCO GINER.

LA ARCADIA MODERNA.

DE «EL LIBRO DE LAS SÁTIRAS».

. . . .
. . . .

Si el poeta quiere retratar lo que ve, no recelará, como algunos espíritus tímidos y extraviados á la vez, envilecer su musa, ni degradar su procedimiento poético. Siendo real, no dejará de ser poeta. Descendiendo de la serena region del idealismo, no se verá obligado á ser grosero. Su inspiracion, léjos de padecer extravío, adquirirá robustez, porque alimentándose con las puras emanaciones de la verdad, se completará con ella, con esa verdad que los poetas temen alguna vez; pero que es indispensable mitad de la poesía.

*
* *

Pocos habrán penetrado tan rectamente como D. Ventura Ruiz Aguilera ese armonioso y sagrado consorcio de la verdad y la belleza. Ni al ser realista en los *Ecos Nacionales*, ni al ser humorista en *La Arcadia moderna*, ha dejado de ser poeta eminente, al mismo tiempo que heria con singular delicadeza y exquisita ternura la más sonora fibra del sentimiento humano en las *Elegías*.

El libro que ofrece hoy á sus innumerables admiradores nos muestra una nueva faz de su vário númen y riquísima fantasía, nos señala una nueva manifestacion de los medios poéticos de que dispone. Rico en inventiva, apasionado y tierno en sentimiento, enérgico y conceptuoso en la frase, gráfico y siempre correcto en la expresion, Aguilera nos demuestra en su *Edad de oro*, además de estas cualidades, elegante causticidad, discreta malicia, jovial aticismo, humor sereno y afable, sátira noble y decorosa.

Su humorismo no es hijo de prematuros y punzantes desengaños, ni se expresa en tono amargo ni atrabiliario. Es esa picante sonrisa del bondadoso Sterne, que declama contra las miserias y fealdades de la humanidad, más por el filántropico deseo de corregirlas, que por el mero deseo de censurarlas.

De las cinco composiciones que forman *La Arcadia moderna*, la más directamente encaminada á patentizar lo absurdo del mundo pastoril, la más chispeante de gracejo y vivo dialogar, es la titulada *Pastores al natural*, que empieza: *Largo, flacucho, de color de muerto*. Aquí la humanidad campesina aparece con toda la desnudez de sus incultos hábitos, con todo el desaliño de sus poco poéticas personas, y expresándose en su propio lenguaje.

El feroz Mamerto, el salvaje Canuto, el ridículo Zancas-largas, y sobre todo la Amarílis de la compañía, la fosca, barbuda y roñosa Nicolasa, son tipos dibujados con admirable verdad, tan individuales y característicos, que permanecen en la memoria del lector como esas fisonomías de los deformes enanos y pequeños monstruos del gran Velazquez, cuya imágen de tal modo se graba en nuestra mente, que más bien que creaciones de un arte sublime, parecen personajes de la vida, á quienes hemos visto y tratado.

. . . .

*
* *

En la composicion *Percances de la vida*, aparecen tres escépticos de brocha gorda: Pinini, Juan Lanas y Caniyitas, vividores impertinentes, que en el rio revuelto del

mundo aspiran á pescar una ganga matrimonial, un empleo ú otra prebenda cualquiera. Laméntanse, mientras tienden la caña sobre las súcias aguas del arroyo «ex-cristalino,» de los infinitos sinsabores y disgustos que respectivamente han sentido á consecuencia de sus infructuosas pesquisas en busca de la fortuna. El uno, maldicé los síncopes de doña Tula; el otro, cuenta las impertinencias y despilfarros de la de Segovia; y Caniyitas, profundo filósofo, resume el pensamiento de los dos cándidos pescadorcillos en una concisa disertacion sobre la virtud, en que sienta el exacto principio de su secta esencialmente conservadora y estomacal. Nobleza, virtud y hermosura son, segun él, cosas excelentes y de gran estimacion;

Sin embargo,
Hacen el caldo del puchero amargo,
Y por ellas no fian ni cominos
En ningun almacen de ultramarinos.

. . . .
. . . .

Pero una enumeracion prolija y enojosa de cada una de las partes del libro no basta, ni con mucho, á dar una idea aproximada de su extraordinario mérito. Los que aman las cosas bellas y no han extragado su gusto con la lectura de los ridículos engendros

que en la novela, en la poesía y en el teatro lastiman hoy el sentido comun y el decoro literario, encontrarán sin igual deleite en *La Arcadia moderna*, libro de amenísimo entretenimiento, que respira la más delicada cultura, áun remedando el bárbaro lenguaje de los pastores de ogaño; correcto de estilo, urbano y ático en sus desahogos humorísticos, y semejante en el conjunto á esas regocijadas y al par meláncolicas páginas de la antígua musa castellana, en que una picante filosofía y una serena reprension de las humanas flaquezas se unen en admirable consorcio, deleitando con noble cortesía, corrigienco con jovialidad comunicativo y generosa.

BENITO PEREZ GALDÓS.

Enero de 1868.
De un juicio crítico de «La Arcadia moderna».

LAS ESTACIONES DEL AÑO,

POEMA, POR D. VENTURA R. AGUILERA (1).

La personalidad poética del Sr. Ruiz Aguilera, que es una de las primeras y más altas en el cuadro de nuestra literatura contemporánea, se manifiesta siempre entera y

(1) Las cuatro poesías de este poema forman parte del libro próximo á publicarse titulado *Magna Mater*.

completa en cada una de sus obras. Esta cualidad, que pudiera llamarse identidad artística, tan distinta de la estéril repeticion de asuntos y conceptos, es debida principalmente á la existencia de un fin preconcebido á que el artista tiende siempre por distintos medios, por varios caminos, en el desarrollo de asuntos diversos, en obras que, sin tener aparentemente relacion directa entre sí, son como partes independientes, pero esenciales, para la constitucion de un todo armónico, porque el autor imprime en ellas su pensamiento capital, manifestado en fases sucesivas y realizado bajo uno y otro aspecto; pensamiento que encierra, de una parte, toda su manera de ser y de sentir, y de otra el concepto total que en la elevacion de su talento tiene formado del arte y de la vida.

Que esta cualidad, reservada á tan pocos, como que es una de las primeras y más características de los grandes escritores, la posee en alto grado el Sr. Ruiz Aguilera, lo prueba la simple lectura de sus obras, y lo demuestra una vez más el hermoso poema *Las Estaciones del año*, última produccion de su inspirada musa.

En ésta, acaso más que en otra alguna, ha compendiado el autor todas sus cualidades poéticas, porque ayudado quizás por la extension del pensamiento que abarca, parece haber querido dar en tan corto número

de páginas muestra de la rica variedad de su estilo y de todos los múltiples tonos que sabe arrancar á su lira.

Admirables descripciones de una realidad vivísima y de una poesía arrebatadora; conceptos elevados, consideraciones profundas, bellezas de forma que no hay que encarecer, tratándose de tan galano y elegante escritor; todo ello encerrado en un pensamiento grande y trascendental, sostenido y desarrollado en toda la obra por la delicada alegoría que su título indica. Y ademas de esto, y dando vida á aquellas páginas, el sentimiento de la naturaleza, que inspiró al poeta sus *Armonías*; la dulzura y delicadeza á que dió en las *Elegías* forma tan acabada; y áun más que todo, la elevacion de ideales y la profundidad de pensamiento que dieron vida á sus *Ecos nacionales*.

Porque el Sr. Ruiz Aguilera es un poeta moderno en toda la extension de la palabra, y esto es su primer mérito y su mayor gloria.

Todas las grandes ideas, todos los nuevos principios que alumbran como antorchas el camino de la humanidad; el progreso, la libertad, la fraternidad humana, la perfectibilidad infinita; todas ellas, brisas acariciadoras que besan nuestras frentes viniendo del porvenir, han inspirado canciones y arrancado notas á la lira del Sr. Aguilera; y

por esto, y por haber seguido este camino constantemente y sin vacilaciones desde el principio de su vida literaria, ha llegado á ser uno de los primeros y sin duda el más caracterizado de los representantes de la nueva escuela, que canta, teniendo, como él dice en su poema,

bajo su planta hundidos
los antros de las viejas podredumbres.

Pocos son y extraviados los que volviendo el rostro atrás se inspiran todavía en los ideales muertos, porque la evolucion se ha hecho, la afectacion ya no se usa, la frivolidad está desacreditada, el convencionalismo ha muerto, y alzándose sobre estos falsos artificios, la Naturaleza ha dicho: «Yo soy la vida;» y la Verdad ha dicho: «Yo soy el arte.»

Pero no es sólo este sentido moderno el que avalora las obras del Sr. Ruiz Aguilera. Entre los grandes poetas contemporáneos, así de nuestra pátria como extranjeros, se manifiestan distintas tendencias, conviniendo todos en que los ideales viejos ya no existen: los hay que, escépticos y pesimistas, se espantan en presencia de tanta ruina, é inclinando sus frentes, lloran proclamando en sus cantos sublimes, pero desgarradores, que el fuego divino se ha extinguido, que el mundo ya no tiene alma: otros, saturados de un sensualismo pagano, parecen decir: «los

dioses se van; enhorabuena; la humanidad puede vivir sin ellos:» otros, en fin, los ménos por desgracia, anuncian la aurora del nuevo dia, y verdaderos apóstoles de la religion del porvenir, trabajan por sustituir el alma nueva al alma vieja, la fe viva á la fe muerta, y en lugar de los ideales antiguos, otros ideales más generosos y más grandes.

A éstos pertenece el Sr. Ruiz Aguilera, y de aquí que todas sus obras tengan un sentido tan profundamente moral y tan profundamente religioso, en la acepcion lata de ambas palabras, no en la acepcion restringida en que vulgarmente se aplican. Por eso al llegar á la última página de cualquiera de sus libros, puede decirse con Musset APRES UNE LECTURE:

Ton libre est ferme et franc, brave homme,
il fait aimer.

Sí; los libros del Sr. Aguilera hacen amar, y consuelan y mejoran al que los lee. Tal es la verdadera mision del arte, y la obra más gloriosa del escritor; mejorar á la humanidad inspirando ideas generosas y levantadas.

Por esto, por estas cualidades puestas al servicio de su elevado talento y de sus envidiables condiciones, es el Sr. Ruiz Aguilera, como hemos dicho, una de las primeras

y más altas personalidades de la literatura contemporánea.

No citàremos ni copiaremos párrafos del poema *Las Estaciones del año*, porque es imposible tratándose de una produccion en que todo son bellezas; pero se la recomendamos al público, diciendo lo que en el estado decadente de nuestra literatura puede decirse de pocos libros, que es una obra, aunque breve por su extension, grande por sus bellezas y hermosa por las ideas que encierra.

A. GONZALEZ PITT.

EL LICEO.—Junio de 1879.

ECOS NACIONALES.

AL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIJOTE DE LA MANCHA
ANTES DE REPETIR
LA LECTURA DE SU HISTORIA.

Otra vez, buen caballero,
Llanuras, fragosidades,
Poblados y soledades
Recorrer contigo quiero.
Reí con el mundo entero
Cuando tu historia leí;
Luego el mundo conocí,
Y, de esto acaso te asombres,
Apenas ví entre los hombres
Un hombre digno de tí.

En la singular quimera
Que exalta y nubla tu mente,
El bien, llora amargamente,
El mal, soberano impera:
Porque el bien al fin no muera
Luchas con brava porfía;
Deja que el nécio se ria;
Alma en que no hay levadura
De tu sublime locura,
Es alma desierta y fria.

Peligros, tajos, reveses...

¡Nada te infunde temores!
Piedras te arrojan pastores,
Tunden tu cuerpo yangüeses.
Para que en tu empeño ceses,
Acumúlanse en tu daño
Hambre, y sed, y desengaño,
Todas las miserias, todo
Lo que afligió de algun modo
Al hombre de hoy y al de antaño.

Espejo de paladines,
Airado el hierro levantas
Para rendir á tus plantas
Felones y malandrines.
Jamás propósitos ruines
En tu pecho hicieron nido;
Y aunque cien veces herido
Rodaste, de fuerzas falto,
Nunca yo te ví más alto
Que cuando te ví caido.

Buscar una noble idea,
Y dársela al pensamiento
Y al corazon por sustento,
¿Quién mejor su vida emplea?
¡Desdichado el que no crea
En virtud ni en heroismo!
Su seso el excepticismo
Quizás no turbe ni embote;
Pero sentirá otro azote...
El desprecio de sí mismo.

Génio que el mundo no olvida
En tí encarnó, y un villano,

Con el ideal humano
La realidad de la vida.
Á la tierra siempre asida,
Ésta alzar no puede el vuelo;
Aquél, con más puro anhelo,
Víctoria mayor espera,
Bien lo sabes tú... quisiera
Hacer de la tierra un cielo.
Extraños locos se han visto;
¡*Locos!* así los llamaban
Porque un ideal amaban...
Como Sócrates y Cristo.
Con el espíritu asisto
Á una edad trás otra edad;
Y esos locos, en verdad
Dignos de perpétua gloria,
Son el alma de la historia
Y honor de la humanidad.
Uno, cruza el mar aleve
Y nuestro globo completa;
Otro, el rayo en pós sujeta,
O guerra, á los aires mueve.
Quién, á descifrar se atreve,
Mirándolo de hito en hito,
Lo que hay en el cielo escrito;
Quién, *oasis* da al desierto
Y una voz más al concierto
Que se eleva al infinito.
Como tú, mónstruos un dia
Acometió su arrogancia;
La esclavitud, la ignorancia,

El error, la tiranía.
Cada uno de ellos tenia,
Como tú, su Dulcinea;
Ya te lo dije; su idea;
Y los maltratan, por eso,
Verdugos de carne y hueso,
Gigantes de vil ralea.
  Mas tambien los que á opresores
Siempre fueron importunos;
Poetas, sabios, tribunos,
Filósofos, inventores,
Ayer como malhechores
Ya en cruz infame clavados,
Ya en prisiones sepultados,
Su desagravio verán
En el culto que hoy les dan
Los pueblos civilizados.
  ¡Oh, soñador sin segundo!
Tu historia otra vez comienzo,
El más portentoso lienzo
Que de sí contempla el mundo.
A su sentido profundo
Arte se asocia divino;
Á lo grande, lo mezquino,
Á lo vulgar, lo que asombra,
Llanto y gozo, luz y sombra,
En contraste peregrino.
  ¿Quién la escribió?... he de callarlo,
No espere que lo declare,
Sufra quien lo preguntare
La vergüenza de ignorarlo.

Conocerlo, es admirarlo;
Fué pobre y fué caballero;
Si en desdichas el primero,
Por su génio, de una talla
Que sólo rivales halla
En *Sékspir* (1), Dante y Homero.
Principio, pues, á leer;
Ya sé que no han de faltar
Entuertos que enderezar,
Agravios que deshacer.
Mas si locura ha de ser
Ante la humana cordura
Ir de una en otra aventura
Buscando el bien por la tierra,
¡Guerra á la cordura, guerra,
Y bendita la locura!

Abril de 1869.

LA GAITA GALLEGA.

Á MANUEL MURGUÍA.

Cuando la gaita gallega
El pobre gaitero toca,
No sé lo que me sucede,
Que el llanto á mis ojos brota.
Ver me figuro á Galicia,
Bella, pensativa y sola,
Como amada sin su amado,

(1) En inglés Shakspeare.

Como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone,
Y danze la turba loca,
La voz del grave instrumento
Suéname tan melancólica,
A mi alma revela tantas
Desdichas, penas tan hondas,
Que no sé deciros
Si canta ó si llora.

Recuérdame aquellos cielos,
Y aquellas dulces auroras,
Y aquellas verdes campiñas,
Y el arrullo de sus tórtolas,
Y aquellos lagos, y aquellas
Montañas que al cielo tocan,
Todas llenas de perfumes,
Vestidas de flores todas,
Donde Dios abre su mano
Y sus tesoros agota.
Mas ¡ay! como me recuerda
Tambien que hay allí quien dobla
En medio de la abundancia
Al hambre la frente torva,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

Suena, y cruzan por mi espíritu,
Puras, risueñas y hermosas,
Las sombras de los cien puertos
De que Galicia es señora.

Y lentamente pasando
Como ciudades que flotan,
Van sus cien naves soberbias
Al ronco són de las olas.
Mas ¡ay! como en ellas veo
Alejarse de la costa
Sus tiernos hijos desnudos,
Que miran tristes á Europa,
Pidiendo su pan amargo
A la América remota,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

¡Pobre Galicia!... tus hijos
Huyen de tí, ó te los roban,
Llenando de íntima pena
Tus entrañas amorosas.
Y como á párias malditos,
Y como á tribus de ilotas
Que llevasen en el rostro
Sello de infamia y deshonra,
¡Ay! la patria los olvida,
La patria los abandona,
Y la miseria y la muerte
En su hogar desierto moran.
Por eso, aunque en són de fiesta
La gaita gallega se oiga,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

¡Espera, Galicia, espera!

Lleva la cruz que te agobia,
Regando con sangre y lágrimas
Esa via dolorosa.
¡Tendrás sed!... ¡Hiel y vinagre
Te darán con mano pródiga,
Y, con corona de espinas,
Cetro de caña por mofa!
Pero los tiempos se acercan;
Y cuando suene tu hora,
Feliz subirás y grande
Á la cumbre de la gloria.
Hoy, si la gaita gallega
El pobre gaitero toca,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

1860.

EL TRIBUTO DE SANGRE.

¡Dicen que la ley lo manda,
Y te arrancan de mis brazos!
Con el alma hecha pedazos
Partir allá te veré.
Anda, y calla, y obedece
Esa ley que Dios maldijo,
Que roba á la madre el hijo
Y el báculo á la vejez.
Hijo mio, ¿volverás?...
Que á su tierra

Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

¿Quién labrará nuestro huerto,
Que es encanto de mis ojos?...
Mañana tristes abrojos
Bañará del sol la luz.
El pan faltará á tu madre,
Que, al sonar las oraciones,
No oirá las dulces canciones
Que tan bien cantabas tú.
Hijo mio, ¿volverás? etc.

Mira quien viene del campo,
Ella, que iba á ser tu esposa;
Ni más gallarda es la rosa,
Ni más hermoso es el sol.
Al léjos tus compañeros
Trabajan con alegría...
¡Y tú pierdes en un dia
Madre, amistades y amor!
Hijo, mio ¿volverás? etc.

Mira, reza por las noches
A la Vírgen del Rosario,
Al pié de este escapulario
Que *Ella* me dió para tí.
Pónlo despues sobre el pecho,
Y, al marchar con firme planta,

Su imágen bendita y santa
Será tu escudo en la lid.
Hijo mio. ¿volverás? etc.

Zagal mio ¿por qué lloras?
¿Es por ver que tus hermanos
Levantan las tiernas manos
Amparo pidiendo á Dios?
Así la tórtola gime,
Cuando con vuelo torcido
La roba del pobre nido
Algun gavilan traidor.
Hijo mio, ¿volverás? etc.

¡Quién sabe!... Acaso mañana
El azar de una pelea
Te arroje á incendiar tu aldea,
La que te ha visto nacer.
Y ¡ay! á la voz de tu jefe,
Voz tremenda, inexorable,
No perdonará tu sable
Ni á tus hermanos, tal vez.
Hijo mio, ¿volverás? etc.

¡Adios, prenda de mis ojos!
Véte en la flor de tu vida
A la guerra aborrecida,
Que así lo manda la ley.
Hambre, fatiga y miseria
Te esperan... ¡pobre soldado!
Pero la ley lo ha mandado...
¡Confúndala Dios, *amén!*

¡Adios!... ¡Ya no volverás!
Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

1847.

LA HOSPITALIDAD.

AL EXCMO. SR. D. ÁLVARO GIL SANZ.

Mientras la lluvia de la noche fria
Los arroyos aumenta, ya crecidos,
Y recio vendaval con saña impía
Llena el bosque de lúgubres gemidos,
A descansar entremos en la choza
Cuya luz viva hasta nosotros llega;
Allí del pobre la familia goza
La paz que Dios á los malvados niega.

Entremos, y verás la abuela hilando
Al amor de la lumbre deseada,
Consejas y oraciones murmurando
De sus hijos y nietos rodeada;
Y el perro fiel, constante compañero,
Y el gato cazador, que con él juega;
Cuadro que anuncia, puro y verdadero,
La paz que Dios á los malvados niega.

Si queremos cenar, no suntuoso
Banquete preparado por el arte,
Que con zozobra gusta el poderoso,
Bajo ese techo irán á presentarte;
Mas sí doradas migas, que corona
Rico tasajo, y que el amor entrega;
Rústico es el festin, mas lo sazona
La paz que Dios á los malvados niega.

La lluvia, que en sonora catarata
De siniestro nublado se desprende,
Maldice el cortesano, en voz ingrata,
Si su estéril placer turba ó suspende.
El labrador, hincada la rodilla,
Porque los campos bañe al cielo ruega,
Que más en tiempo de abundancia brilla
La paz que Dios á los malvados niega.

Entremos, y verás cómo reciben
Al que busca un asilo hospitalario,
Y cuál por contentarle se desviven
Con amable interés y modo vario.
Quién el agua le sirve, quién el vino
Del campo que fecundo sudor riega;
Y en todos ve gozoso el peregrino
La paz que Dios á los malvados niega.

Su cama ceden, cual su amigo techo,
A los que llegan con la noche oscura;
Ellos no han menester más blando lecho
Que el que puede prestar la tierra dura.

Y como en ellos la inquietud no anida
Con que el culpable hasta en el sueño brega,
Protege el suyo y la mansion querida
La paz que Dios á los malvados niega.

1852.

EL VETERANO. (1)

BALADA.

—Sigue, padre, ya te escucho.
—Aún entero en la memoria
Vive aquel tiempo de gloria
Para el soldado español.
Paréceme que mis ojos
Aún ven el choque sangriento,
Y el polvo que, por el viento,
A oscurecer iba el sol.
—¡Y la pátria te abandona!
—*¡En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡Yo, que gané su corona,
Tiemblo de frio!

—¡Pobre padre! ¡Pobre padre!
—Otra vez, nuestra arrogancia

---

(1) De ésta y de algunas otras composiciones hay notas al fin del presente libro.

N. del A.

Arrodillarse hizo á Francia
En los campos de BAILÉN.
A la voz de ¡¡*Fuego*!! ronca,
Tronaba la artillería:
¡Oh, cuánto francés caia
Bajo mi sable tambien!
—¡Y la pátria á tu querella...
—*¡En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡Yo, que combatí por ella,
Tiemblo de frio!

—¡Triste vejez te guardaba!
—Mi mano cogió banderas
De legiones extranjeras
Que vinieron á lidiar.
Las que en Italia vencieron,
Las que en el Rhin tremolaron,
Las que en Oriente espantaron
Las fieras tribus de Agar.
—¿Y... ni una sola mirada?
—*¡En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡En esta cabaña helada
Tiemblo de frio!

—Aún te sangran las heridas.
—Y conservan piés y brazos
Cicatrices de balazos
Que en campaña recibí.
De horrible dolor entónces

El pecho se desgarraba;
Pero allí nadie lloraba...
Matábase sólo allí.
—¡Buen pago, España, le diste!
—¡*Y ahora, pobre hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡*En esta cabaña triste*
Tiemblo de frio!

—¡Maldita la pátria sea!
—¡Oh! no, es mi amor, mi consuelo:
Primero te mate el cielo
Que escuchar tu maldicion.
La pátria es tu dulce madre,
Y si oye nuestros enojos
Ya nos tenderán sus ojos
Miradas de compasion.
—Sí, nuestra madre es España.
—¡*Si ella nos mira, hijo mio,*
No tendré frio!
¡*Huyendo de esta cabaña*
Pasará el frio!

1848.

BALADA DE CATALUÑA.

Á VÍCTOR BALAGUER.

Cataluña tiene un hijo,
Tiene un hijo menestral,

Que por verla siempre grande
Sin descanso velará.
De la máquina sonora
La voz dice sin cesar,
Tric, trac,
Tric, trac;
Y responde á la que teje,
Hila ó prensa, viene ó va,
Tric, trac,
Tric, trac,
Con cantares que le ayudan
Á sufrir y á trabajar.

Cataluña dijo un dia,
Muchos años hace ya:
—Ya ves, hijo, que soy pobre,
Mi pobreza viendo estás.
—Madre (el hijo respondióla),
Á ganarme voy el pan,—
Tric, trac,
Tric, trac;
Y regando con rocío
De la frente su telar,
Tric, trac,
Tric, trac,
Ganó el pan que le pedia
El acento maternal.

— Cataluña, noble madre,
Un vestido te he de dar,
Y del frio los rigores

A sentir no volverás.—
Á su madre así le dijo
El obrero catalán;
Tric, trac,
Tric, trac,
Los talleres resonaron,
Y tejiendo fué á la par,
Tric, trac,
Tric, trac,
El vestido y la grandeza
Que á su madre hizo inmortal.

Cataluña en otros tiempos
Dijo al monte y dijo al mar:
—Mi constancia ha de domaros
Y mi firme voluntad.—
Al payés rústica azada
Y al marino remos da,
Tric, trac,
Tric, trac;
Y de azadas y de remos
Á los golpes y al compás,
Tric, trac,
Tric, trac,
Á la piedra arrancó espigas
Y al abismo un cetro real.

Cataluña vió en sus campos
Extranjera gente audaz,
Y en su pecho hirvió la sangre
Del feroz almogavár.

Á la guerra van sus hijos
Y al taller sus hijos van,
Tric, trac,
Tric, trac;
Y alternando las canciones
De la guerra y de la paz,
Tric, trac,
Tric, trac,
Conquistó su independencia
Y tejió su libertad.

Cataluña, porque tengas
Ricas galas que ostentar,
El vapor palpita y ruge,
Hila el huso de metal.
Mucho valen esas galas,
Tus virtudes valen más,
Tric, trac,
Tric, trac;
En olvido no las eches;
Si las llegas á olvidar,
Tric, trac,
Tric, trac,
No la tela de tu gloria,
Tu mortaja labrarás.
1868.

CUADRO DE GUERRA.

Ya de la batalla
Cesan los clamores,

Y espirar al léjos
Débilmente se oyen.
Triste luna sube
Por el horizonte;
Pálidas estrellas
Lucen esta noche.
Sordo gime el rio,
Gimen aura y bosque,
Y es gemido el canto
De los ruiseñores;
Cual si más sensibles
Fuesen que los hombres,
Piedras y elementos,
Pájaros y flores;
Como si estuviesen
Publicando acordes
Cuantos séres sustenta la tierra:
«*¡Bendita la paz! ¡Maldita la guerra!*»

¡Cielos!... ¡es un niño
El que de la luna
Rayomoribundo
A mis piés alumbra!
¡Niño... y al combate
Vino ya! ¡ley dura!
¡Apénas podia
Con la lanza ruda!
¡Madre!... ¡no le esperes!
Negro luto busca,
Reza por el alma
Del que fué alma tuya.

¡Aún le llamas!... ¿Cuándo,
Tras de horrenda lucha,
No quedaron pobres,
Huérfanos y viudas!
Otra prenda amada
Meces en la cuna,
Que tu apoyo ha de ser en la tierra
Si dura la paz, si acaba la guerra.

Verde y fresco soto,
Valle florecido,
Antes apacible
Retirado asilo,
Ya las avecillas
Huyen de estos sitios,
Muchas con el tierno
Corazon herido.
Púrpura es la fuente
Que era cristal limpio,
Sangre á las espigas
Sirve de rocío.
¡Ay! al dar más tarde
Pan á nuestros hijos.
—¡Hijos—les diremos
Tristes al partirlo,—
Nunca sangre humana
Riegue más los trigos
Que es el pan de la próvida tierra,
Sabroso en la paz, amargo en la guerra.

1854.

Á LA HIJA DE UN NEGRERO.

Á D. RAFAEL M. LABRA.

I.

Antes que mi voz cansada
El postrer cántico entone,
He de llamar á la puerta
Que á un corazon corresponde.
Hija de negrero, el tuyo
No es un corazon de bronce;
En él hay ecos dormidos,
Mas no á lo santo y lo noble.
Eres mujer, y eso basta
Para que, al llamarlos, broten
Como raudal entre peñas
Que el hierro sacude y rompe.
Los padres que el sér te dieron
Y en tí su ventura ponen,
Oigan de tí las palabras
Que, en tí pensando, inspiróme
Mi deber de cristiano
Con mi alma de hombre.

II.

En la cuna, cuando niña,
Cariñosas y leales
Tu dulce sueño arrullaban
Las negras con sus cantares.

¡Ay! aquellas infelices
Eran hijas ó eran madres,
Compradas por mercaderes
De alma dura y miserable.
Si á tí te compraran otros
En otro mercado infame,
Con los tuyos arrancada
Al suelo que tanto amaste;
¿Con qué derecho diria
El que de tí su Dios hace:
«Devolvédmela, crueles,
»Tened compasion de un padre,
»No hay dolor como el mio,
»No lo hay más grande?»

III.

Reina tú de los salones,
Porque en ellos mejor reines
Á tus gracias naturales
El lujo uniste de Oriente.
Envuelta en gasas y tules
Como el sol en nubes ténues,
Si los galanes te adoran
Envídiante las mujeres.
Así el rumor del aplauso
Y la lisonja adormece
Las virtudes que en tu pecho
Buscaban su propio albergue.
Y en tanto, desvanecida,
Mal puedes pensar, mal puedes,
Que á tus esclavos, no sólo

Goces y opulencia debes,
Sino hasta el pan y el agua
Misma que bebes.

IV.

Quizás tendida en hamaca
De suaves plumas y seda,
Bajo pabellon que brinda
Suave luz y sombra fresca,
Miraste de los esclavos
La dura labor eterna,
Que, al rojo sol de los trópicos,
Postra su espíritu y fuerzas.
Gotas de sudor fecundo
Brillaban en su tez negra,
Y el látigo abrió la fuente
Que sus lágrimas encierra.
Cuando mires al espejo
De hoy más las joyas que ostentas,
Si el espejo no lo dice
Dígatelo la conciencia:
«Tus diamantes son lágrimas,
»Sudor tus perlas.»

V.

Del esclavo es negro el rostro,
Y al blanco da la blancura
El color en que su raza
Timbres de nobleza funda.
El alma, por sí incolora,
Ya se aclara, ya se nubla,

Al compás de las acciones
Del sér en que vive oculta.
Sobre el esclavo descarga
Rayos de cólera injusta;
Paga su amor con desprecios;
Su triste orfandad insulta,
Cuando sufre, cuando llora,
Cuando el trabajo le abruma;
¿El color de vuestras almas
Quieres que te diga?... escucha:
El alma tuya es negra,
Blanca la suya.

VI.

El siglo, siglo gigante,
Lleva en la mano la antorcha
Á cuya luz vénse de otros
Las iniquidades todas.
A su gran voz, se derrumba
Lo que oscurece y deshonra
De las edades pasadas
La tarea portentosa.
Imperios y monarquías,
Y repúblicas arrojan
Las cadenas del esclavo
Por siempre al abismo rotas.
Para que no las arrastre
Nadie en tierras españolas
¡Oh mujer! los tuyos libra,
Y á tus laureles de hermosa

Une los inmortales
De redentora.

Abril de 1872.

BALADA DEL PROGRESO.

Á LOS TRABAJADORES.

Tristes lágrimas salen
De vuestros ojos;
La fatiga os arranca
Suspiros hondos.
Mas la tarea
Que aún os agobia,
Es vuestra vida
Y es vuestra gloria.

En las viejas edades
Fué el hombre esclavo;
La materia á su yugo
Lo vió amarrado;
Mas él un dia
Se alzó rebelde,
Y así la dijo:
—Yo he de vencerte!—

Sobre su frente noble
Dios habia puesto
De su luz creadora
Claro destello;

Que derretia
Los eslabones
De la cadena
Que arrastró el hombre.

En su lucha de siglos
Con arte y ciencia,
Su dominio perdiendo
Fué la materia;
Que á la gran obra
La mayor carga
Hoy lleva dócil
Como una esclava.

Trasformada y vencida,
Con ella el génio
Explora los abismos,
Escala el cielo,
Los astros pesa,
Doma los mares,
Y apaga el rayo
Que á sus piés cae.

Su soplo infunde en ella,
Y el lienzo anima;
Toca el mármol, y surge
La estátua viva;
Y al arpa que hace
De un leño tosco,
Le da la tierra
Sus cuerdas de oro.

Habla, y en breve instante,
Sobre el relámpago,
Atraviesa los polos
El verbo humano.
Eternizarse
Quiere en el tiempo,
Y el libro guarda
Su pensamiento.

Naturaleza, madre
Siempre amorosa,
Que tu hierro y tus bosques
Das, y tus rocas;
¡Estéril seas,
Si has de engendrarlos
Para instrumentos
De los tiranos!

Santa Cruz del trabajo,
Quien te maldice
No sabe que lo elevas
Y lo redimes;
Ni espinas (¡ciego!)
Caer ha visto
De la corona
De su martirio.

Niños, mozos, ancianos,
Pobres mujeres,
Trabajadores todos...
¡Alzad la frente!

Cada conquista
De ciencia y arte,
La hiel endulza
De vuestro cáliz.

8 de Setiembre de 1868.

CORRESPONDENCIA DEL MORO.

RECUERDO DE LA GUERRA DE ÁFRICA

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Está usté llorando?...
—Lloro,
Porque Pepe se ha ido al moro.
—¿Y por eso llora usté?
—Por él temo, no por mí:
Si preciso fuese un dia,
Mujer y todo, yo iria...
¡Lloro... porque una es así!
Lloro porque él es mi amor,
Porque mi encanto él ha sido,
¡Y lloro... ¡al fin lo he parido
Con lágrimas y dolor!
«Madre, (al venir del taller,
Resuelto anoche me dijo):
Al moro se va tu hijo;
Un abrazo... y á más ver!»
¡Y sola aquí me dejó!
—Por eso la pátria grita:

«Bendito él sea, y bendita
»La madre que le parió.»

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Está usté llorando?
—Lloro.
—¿Escribe Pepe del moro?
—De Valencia: lea usté.
«Madre, me voy á embarcar;
»El cielo está convidando:
»Conforme vamos marchando;
»Caminito de la mar,
»De balcones y ventanas
»Colgados de mil colores,
»Ramos nos echan de flores
»Las muchachas valencianas.
»Y entre cien *vivas* y cien
(¡Qué entusiasmo! ¡si lo vieras!),
»Bendice nuestras banderas
»El Arzobispo tambien.»
—¡Ya estoy más contenta yo!
—Por eso la pátria grita:
«¡Bendito él sea, y bendita
»La madre que le parió!»

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Llora?
—De alegría lloro,
Por lo que dice del moro.

—Pues ¿qué dice...?

—Lea usté.

«Madre, ya es nuestro el Serrallo:
»Unos moros van, cual perros
»Con maza, trepando cerros,
»Y otros á uña de caballo.
»Un hijo de Belcebú
»Me ha rebanado una oreja,
»Mas le costó la pelleja:
»¡Ya lo ves! yo bueno... ¿y tú?
»No te aflijas, voto á San!...
»¡Ah! le dirás á Petrona
»Que he de comprarle una mona,
»Cuando entremos en Tetuan.»
—¡Ya sangre el pobre vertió!
—Por eso la pátria grita:
«¡Bendito él sea, y bendita
»La madre que le parió!»

—¡Vecina!

¡Señor José!

—¿Está usté llorando...?

—Lloro.

—¿Escribe Pepe del moro?
—Sí, vecino: lea usté.
«Hoy veinticinco: ¡Victoria!
»Otra vez triunfante brilla
»La bandera de Castilla,
»Cual sol hermoso de gloria.
»Mas un *Padre Nuestro* reza
»Por los bravos que han caido,

»Y no temas que en olvido
»Eche España su grandeza.
»Digna de envidia es su suerte,
»Que á llevárselos del suelo
»Bajan ángeles del cielo,
»Y vida eterna es su muerte.»
—Por ellos rezaré yo.
—Y España por ellos grita:
«*¡Benditos sean, bendita*
»*La madre que les parió!*»

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Llora?
—De contento lloro.
—¿Escribe Pepe del moro?
—Sí, vecino; lea usté.
«Noviembre, treinta: cerril
»Morisma quiso más broma,
»Y hoy á cenar con Mahoma
»Hemos despachado mil.
»¡Gran julepe á la canalla
»Le ha dado mi regimiento!...
»¡Madre... me han hecho sargento
»Sobre el campo de batalla!
»Y al nombrarme el general
»De un padre con el cariño,
»Le ví llorar como un niño;
»Pues ¿y yo?... tal para cual.»
—¡Ah! ¡ya soy dichosa yo!
—Y España, al premiarle, grita:

»¡Bendito él sea, y bendita
»La madre que le parió!»

Ya sólo el señor José
Ve en la viuda triste lloro,
Pues ya no escribe del moro,
Pepe, que al moro se fué.
Pasa un dia y otro dia;
La pobre madre no vive;
Siempre escribe que te escribe...
Pero carta no venia.
Vencimos en Castillejos;
En premio de nuestro afan
Sus puertas abre Tetuan,
Y el enemigo huye léjos.
Mas, aunque acaba la guerra
Y gloria la pátria adquiere,
¡Ay! volverá el que volviere
De aquella enemiga tierra.
Por eso el vate cantó,
Y España, por eso, grita:
—¡Benditos sean, bendita
La madre que les parió!

Con todo Madrid cantando,
Los héroes de África, ya
Por la calle de Alcalá
Van pasando... van pasando...
Pasan á cientos, á miles,
Y muchachas como amores,
Coronas cuelgan de flores

En banderas y fusiles.
  Y se cansa de contar,
Loca de pena, la viuda,
Inmóvil, pálida y muda,
Viéndolos pasar... pasar...
  Cuando... «¿No es él, ó te engañas?...»
Dice, y casi desfallece,
Dando un grito que parece
Que sale de sus entrañas.
  Y era Pepe, y le abrazó,
Y, al verlos, alguno grita:
—¡*Bendito él sea, bendita*
La madre que le parió!
1860.

EL HOGAR PATERNO.

¿Qué tendrá la luz que sale
De ese monte; qué tendrá?
  ¿Qué tendrá,
Que una lágrima ha bañado
La mejilla del soldado
Que el servicio cumplió ya?
  Ni el incendio del combate,
Ni el palacio del magnate
Donde brillan á la par
  Mil luces bellas,
Le hicieron nunca llorar;
Pero esa luz es del pueblo,
  Del pueblo natal.

¿Qué tendrá de esa campana
El tañido; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que tan dulce ha resonado
En el alma del soldado
Que el servicio cumplió ya?
Ni los cánticos de gloria,
Ni la voz de la victoria
Que entusiasma al militar,
Con tal ternura
Le hicieron nunca llorar,
Es porque esa es la campana
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá el ladrido ronco
De ese perro; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que cual voz de un sér amado
Sentir hace al buen soldado
Que el servicio cumplió ya?
Ni la alegre cantinera,
De su vida compañera
Ni la franca lealtad
Del camarada,
Le hicieron así llorar;
Es que ese perro ha salido
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá el humo que sale
De esas chozas; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que con júbilo extremado

Lo contempla el buen soldado
Que el servicio cumplió ya?
Ni del seno de las flores
Son más gratos los olores,
Que el que piensa respirar
Al ver del humo
La negra y leve espiral;
Porque es de las chimeneas
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá ese pobre viejo
Que le abraza; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que la frente ha reclinado
En su pecho el buen soldado
Que el servicio cumplió ya?
A la entrada de la aldea
Turba alegre les rodea,
Saludando al militar;
Y éste conoce
Que entre los suyos está,
Porque oye el acento amado
Del pueblo natal.

1854.

LA LOCOMOTORA.

(CANCION.)

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY.

Paso á la rauda

Locomotora!
¡Paso, que es hora
De partir ya!
De fuego y humo
Penacho airoso
Ciñe al coloso
La frente audaz.
—¿Adónde irá?
—¡Más allá, más allá, más allá

Porque á estorbarla
Nadie se atreva,
Las alas lleva
Del huracan.
Y es, porque todo
Pareja forme,
Su cuerpo enorme,
Su alma, volcan.
—¿Adónde irá? etc

Ríndele al paso
Frutos opimos
El que ayer vimos
Triste arenal;
Y bellas flores
La alegre vía
Donde fué un dia
La soledad.
—¿Adónde irá? etc

Sobre ella, en nube
De luz sentado,

El génio osado
Del siglo va.
Donde ella pone
Su firme planta,
Nace la santa
Fraternidad.
—*¿Adónde irá? etc.*

Ella dilata
Los horizontes;
Rotos los montes,
Paso le dan.
Ella, con lazo
Robusto y cierto,
Une al desierto
Con la ciudad.
—*¿Adónde irá? etc.*

Arca bendita,
De un nuevo mundo
Guarda el fecundo
Gérmen vital.
La sombra ahuyenta
De la ignorancia;
Con la abundancia
Lleva la paz.
—*¿Adónde irá? etc.*

Hija del siglo,
Borra fronteras,
Discordias fieras
Y odios al par;

Ansiando que haya
De polo á polo,
Un pueblo sólo
Y un Dios no más.
—*¿Adónde irá? etc.*

¡Ved! ya se mueve
Con vivo anhelo;
Ya tiende el vuelo
Con majestad.
Ya, cual relámpago,
Cruza brillante...
¡Gloria al gigante
De nuestra edad!
—*¿Adonde irá?*
—*¡Más allá, más allá, más allá!*

1868.

HISTORIA DE UNA GUITARRA.

I.

La he visto olvidada y triste
en un rincon de un hogar;
sus cuerdas, antes sonoras,
rotas y mudas están.
Lazos y flores ceñian
su cabeza, tiempo atrás;
en polvo se deshicieron;
nadie los renueva ya.

Instrumentos invasores
la proscriben sin piedad;
su caja atahud parece
de próximo funeral.
Y parece que invisibles
fantasmas cantando van:
—¡*Gori, gori, ya la llevan,*
ya la llevan á enterrar!

II.

Del arpa y la lira griegas
descendiente fué quizás,
ó de la guzla morisca,
ó de la tiorba feudal.
Tañéronla nobles manos,
y, con ambicioso afan,
del palacio bajó al pueblo
para arraigarse tenaz.
A dolores y esperanzas
respondió su voz leal,
—eco del alma española—
en el campo y la ciudad.
No ha muerto; pero invisibles
fantasmas cantando van:
—¡*Gori, gori, ya la llevan,*
ya la llevan á enterrar!

III.

De ella pudo acompañada
playera ó *jota* vulgar,
estremecer las más hondas

fibras de dama y galan.
  Su voz armoniosa pudo
hacernos sentir, audaz
las tempestades del alma
que es abismo sin igual.
  Ella, en brazos del mendigo,
con lágrimas pidió pan,
y amor al pié de las rejas
que orlaban hiedra y rosal.
  No ha muerto; pero invisibles
fantasmas cantando van:
—¡*Gori, gori, ya la llevan,*
ya la llevan á enterrar!

IV.

  En las fiestas populares
reinó altiva sin rival;
si placer dió punteada,
su ligado hizo llorar.
  ¡Cuántas veces en las noches
de guerras civiles (¡ay!)
ahuyentó con su alegría
la tristeza del vivac!
  Llanuras, cielos, montañas,
memorias, pueblo natal,
todo en sus cuerdas vibrantes
palpitaba en guerra y paz;
  No ha muerto; pero invisibles
fantasmas cantando van:
—¡*Gori, gori, ya la llevan,*
ya la llevan á enterrar!

V.

Colgada, de un camarote
En la horrible soledad,
de aguda pena estallaron
sus cuerdas en Trafalgar.
Despues, sus notas ardientes
fuego echaron al volcan
en que hervia España toda,
cuando el caudillo fatal
de un pueblo que hoy nos conquista
con su inmensa caridad,
pensó en torrentes de sangre
nuestra independencia ahogar.
Vive, consuelo del pobre;
nadie diga con verdad:
—*¡Gori, gori, ya la llevan,*
ya la llevan á enterrar!

CANTARES.

PRELUDIO.

Mi corazon solitario
Es un nido de cantares;
En él duermen y en él viven
Como en su nido las aves:

Cuando el dolor los despierte,
O cuando el placer los llame,
Llenarán de alegres ecos
O de tristeza los aires.

La guitarra que yo toco
Siente como una persona:
Unas veces, canta y rie,
Otras veces, gime y llora.

Tu pálido rostro, niña,
Es como noche de luna,
Y la mata de tu pelo
De color de noche oscura.

Tus ojos copian el dia:
Entornados... amanece:
¿Los abres?... el sol deslumbra:
¿Los cierras?... la noche viene.

¡Qué hierba! ¡Qué luz! ¡Qué fuente!
¡Qué canto de ruiseñor!...
¡Qué sitio, morena mia,
Para merendar los dos!

El mundo me dió un libro;
Yo soy tan lerdo,
Que cuanto más lo estudio
Ménos lo entiendo.

Cantando pasan los quintos

Con guitarra y pandereta;
Cuanto más alegres pasan
Más triste la gente queda.

Cantar que del alma sale
Es pájaro que no muere;
Volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

A Dios un abogado
Le imita en esto:
Dios, de nada hizo un mundo,
Y él hace un pleito.

Darte quise mil besos
Por uno tuyo:
Tú por los mil no quieres
Darme ninguno:
Anda, roñosa:
¿Para qué te las echas
De generosa?

La corriente del rio
Tu imágen copia,
Que se rie, se esconde,
Vuelve y se borra;
Yo digo al verla:
¿Si será así la imágen
De su firmeza?

Me quisiste cuando tuve;

Ya no tengo, y me desprecias;
Eres como la campana,
Que, si no le dan, no suena.

Llevan á los paseos
Muchas niñas de ahora,
Los vestidos muy largos,
La vergüenza muy corta.

Los que en promesas fian
Son como el gallo,
Que ántes de que amanezca
Ya está cantando.

El Otoño desnuda
Prados y bosques;
Pero Mayo los viste
De hojas y flores.
¡Ay, dicha breve!
¡Primavera del alma,
Tú ya no vuelves!

Antes de hacerle la caja,
A un muerto avaro midieron,
Y el tuno encogió las piernas
Para que costase ménos.

No te pongas colorada
Al pasar por este valle,
Pues como no tiene lengua
No contará lo que sabe.

En el cielo hay alboroto
Porque faltan dos luceros:
¿Sabes quién los ha robado,
Morenita de ojos negros?

El lujo de esa pobre
Ya no me extraña;
Para vestir el cuerpo
Desnuda el alma.

Tengo yo un fiel amigo;
Me quiere tanto,
Que el bendito me empuja
Si me resbalo.

Yo salí á probar fortuna
Por esos mares afuera;
Naufragué, y lo perdí todo...
Sólo he salvado mis penas.

Don José el avaro,
Viendo que llovía,
Me *prestó* un paraguas...
Que ya no servia.

La casa de mi vecino
Dos puertas tiene á dos calles;
Cuando el hambre entra por una,
Por otra la virtud sale.

A la casa de locos
Fuí á comprar juicio,

Porque en la de los cuerdos
Se ha concluido.

El dia en que tú naciste
Cayó un pedazo de cielo:
Cuando mueras y allá subas,
Se tapará el agujero.

Desde que estoy caïdo
Parezco percha,
Donde todo el que viene
Su capa cuelga.

Audiencia da la fortuna;
Pero el que acude á su audiencia
Tiene que bajarse mucho,
Porque es muy baja la puerta.

Para ir de este mundo al otro
Atravesamos un mar;
Tal vez por eso á la cuna
Forma de barco le dan.

Es del enemigo malo
Tu andar una tentacion;
Pero tentacion que tiene
Toda la gracia de Dios.

De jorobas del cuerpo
Todos se burlan;
¿Quién habrá que en el alma
No lleve alguna?

Diciendo está el cigarro
Lo que es la vida:
Fuego de unos instantes,
Humo y ceniza.

En el árbol de mi vida
Las ilusiones cantaron:
Tiró el dolor una piedra...
¡Ay de mí! todas volaron.

En la fuente de agua dulce
Que hay al pié de la montaña,
Cayó una lágrima mia...
La fuente se ha vuelto amarga.

En mí nació un mal deseo
Y al punto le dí garrote,
Para impedirle que fuese
Verdugo de mi alma noble.

En este largo desierto
Muchos se mueren de sed;
Yo voy buscando una fuente...
No sé si la encontraré:
La única fuente que he visto
Está seca, seca y sola,
Sin pájaros que le canten,
Sin árbol que le dé sombra.

El que muere, con sus ojos
Parece que está diciendo,
Si es hombre sin fé: —¡*Hasta nunca*!
Si es hombre de fé: —¡*Hasta luego*!

Las dichas del hombre duran
Lo que las olas del mar;
La que nace, muere al punto,
Y olas vienen y olas van.

Si al llanto pides consuelo
Y no consigues llorar,
Anda y sube á la montaña
Y desde allí mira el mar.

Al nido de tu boca
Se asoma un beso;
Mándale que las alas
Tienda á mi huerto.

Viendo un grano de arena,
La Envidia dijo:
—«Siempre encuentro montañas
En mi camino.»

El cantar, para ser bueno,
Ha de ser como la cola;
Que se pegue.., al que lo escucha,
Cuando salga de una boca.

Un cantar bajó al pueblo,
No era mal mozo;
Pero el pueblo le dijo:
—No te conozco.

Siempre que cantas, acude
Un ruiseñor á tu reja:

—«¿Adónde vas?» le pregunto;
Y él dice:— «Vengo á la escuela.»

Esconderte de mis ojos
Para que te olvide, niña,
Es querer matar el hambre
Escondiendo la comida.

De la miel de tus lábios
Dame una gota,
Que estoy malo y me amarga
Mucho la boca.

Al balcon de tus ojos
La ví asomada;
Por esto sé que tienes
Hermosa el alma.

Cuando oigo las campanas
Doblar á muerto:
—¡Feliz (digo) la nave
Que entra en el puerto!

De 1864 á 1867.

ELEGÍAS.

X.

Del campo lamentaban
La soledad y muerte,
Las desprendidas hojas

Del árbol ántes verde;
  Con ásperos silbidos
El cierzo de Diciembre,
Con su graznar las aves,
Con su callar las fuentes.
  Valles y sierras altas
Cubríanse de nieve,
Y el dia de nublados
Que la tierra oscurecen.
  Mas ella aparecia,
Y el aire, de repente,
Inflamábase todo
En claridad alegre;
  Reverdecia el prado
Bajo su planta breve;
Y oíanse apacibles
Melodías campestres,
  Bajando cariñosos
Los árboles la frente,
Cual si besar la suya
Con las ramas quisiesen,
Y esencias regalarla,
Y coronar sus sienes.

XIII.

  ¡Al venir la mañana,
La parda alondra
Pasando le decia
Tan tiernas cosas!
  Los ruiseñores,
Al rayo trémulo

De la luna, llamábanla
Flor de los cielos!

XVIII.

Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría,
El silencio sólo
Y el dolor la habitan.
Cuanto en ella veo
Mi tormento aviva,
Porque me recuerda
Que mi gloria es ida.
¡Ay! por ella siempre
Creo que suspira
Todo lo que un tiempo
Era su delicia.
Si un paso se escucha,
Si de una cortina
El aire temblando
Los pliegues agita,
Sueño que ella viene
Lenta y compasiva;
Siéntase á mi lado
Con melancolía,
Y son las palabras
De su sombra amiga
Como vibraciones
De celeste lira.
La ilusion se borra,
Y luego, intranquilas,
Otra vez sollozos,

Sin consuelo, envian
  Al turbado viento
Dos almas heridas:
¡Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría!

—

  ¡Pobre compañero!
¿Buscas las caricias
De la blanca mano
Que alegre lamías?
  No, ya no te peina,
Ni tus lanas riza,
Y andas como loco
Desde el negro dia,
  Arriba y abajo,
Abajo y arriba,
A rastras la cola,
Turbada la vista.
  Si á la puerta llaman,
Ni corres, ni brincas,
Y con sordo aullido
Tu dolor publicas,
  Porque ya no la oyes
Como ántes solias.
Y cuando mis ojos
A *Blancaflor* miran,
  Que á su cariñosa
Voz se sonreia,
Recibiendo de ella
Movimiento y vida,
  Blancaflor ¡qué triste!

¡Triste *Rosalinda*!
Sus ojos de piedra
En los mios fijan,
   Y se abren sus lábios,
Y crueles me gritan:
—«¡*Ya no hay en tu casa,*
Ya no hay alegría!»

—

   Con el sol de mayo
Y sus auras tibias,
De verdor se cubren
Prados y colinas;
   La ciudad revive,
Los bosques suspiran,
Despiertan las chozas,
Los nidos palpitan.
   Por aquí formaba
Con malvas y espigas,
Ramos de amapolas
Y de campanillas.
   Los revueltos giros
De agua cristalina,
O una mariposa
Por allá seguía.
   Esta acacia fresca
Sombra dió á mi Elisa,
Música esa fuente
Con las avecillas.
   ¡Cómo estas memorias
De mis muertas dichas,
Al nublar mis ojos

Nublan la paz mia!
  Lirios y jazmines
Son para mí ortigas,
Y es el alba noche,
Y la rosa espinas,
Y la voz del ave
Canto de agonía.
  Torno á casa, y crece,
Crece mi fatiga:
¡Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría!

XIX.

  ¡Al venir la mañana,
La parda alondra
Le dice desde un sáuce
Tan tristes cosas!
  Los ruiseñores,
Al rayo trémulo
De la luna, la llaman
Flor de los cielos!

XXIII.

  El ángel de luz bendito,
Que era mi vida y mi gloria,
Tendiendo las blancas álas
Huyó de esta cárcel honda.
  ¡Ay! por eso, desde entónces,
Ven los ojos que le lloran,
Más claridad en el cielo,
En esta cárcel más sombra.

XXVI.

Del balcon á las flores
Todos los dias,
Viene una blanca y suelta
Mariposilla,
Desde que ha muerto
Mi dulce niña.
No sé qué me dá al verla,
Y, en crueles ánsias,
La pobre madre dice:
—¿Si será su alma?—

XXXI.

¡Noche-buena, Noche-buena,
Tú de los pasados tiempos
Eres eco doloroso,
Eres lúgubre recuerdo!
Mas ¿qué es lo que me sucede?...
¿Es ilusion del deseo?...
¡Si oigo su voz! ¡Si mis ojos
Como entónces la están viendo!
Al compás de villancicos
Y rústicos instrumentos,
Miéntras la nieve por fuera
Va cayendo, va cayendo;
Ante un *Belén*, adornado
De flores y césped fresco,
Danza con sus compañeras
Aquel serafin del cielo.
Caminan los reyes magos
Al paso de los camellos;

Montaña abajo caminan,
Van una estrella siguiendo.
La sonrisa del Dios-Niño
Inunda el pesebre estrecho,
De resplandores de gloria
Y celestiales acentos.
La Virgen besa su frente,
Y donde toca su beso
Nace una estrella, que brilla
Más que las del firmamento.
Levanta la dócil mula
Su cabeza para verlo,
Y los claros ojos vivos
De gozo sáltanle inquietos.
El manso buey muge echado,
Pero es con mugido tierno
Como el de vaca amorosa
Cuando llama á los becerros,
Ya por sierras, ya por valles,
Y le responden mil ecos.
Su aguda voz alza el gallo;
Por estériles desiertos
Salta la cabra; y se escuchan
El fiel ladrido del perro,
La esquila de los rebaños
Y el balar de los corderos.
En las nubes se oyen ángeles;
Y en tierras, mares y cielos,
Nadie duerme, todo canta,
Campos, y olas, y luceros.

¡Ay de mí, estaba soñando!
¡Ay de mí, que ahora despierto,
Y la soledad me acaba,
Y de tristeza me muero!
Noche mala es esta noche;
Olvidado el *Nacimiento*
En ese rincon oscuro,
Imágen es del silencio.
Toscas figuras de barro
Inmóviles en él veo,
Que me causan mortal frio
Con el frio de su aspecto.
No danzan niñas: el césped
Y las flores están secos,
Y las luces apagadas,
Y no suenan instrumentos.
Nadie pasa por la calle;
Las estrellas se escondieron;
El viento zumba, y desgarra
Los nubarrones siniestros.
Esta noche en los caminos
Se perderá el viajero,
Y no habrá luz que le guíe,
Ni dormirá bajo techo.
Duros serán con los pobres
En los palacios soberbios;
Las cabañas serán sordas
A sus ayes lastimeros.
Hozarán lobos traideres
En los palpitantes miembros
De la oveja descarriada

Por hondos despeñaderos.
¡Ay, sí! que á la mesa mía,
Más alegre en otros tiempos
Que los ruidosos festines
De los alcázares régios,
Ya no se sienta mi Elisa,
Ya no se sienta el abuelo...
Tornádose hán á su pátria...
¡Yo sufro en este destierro!
¡Venid, adoradas sombras!
¡Venid á ocupar los puestos
Que hay en mi mesa vacíos!
¡Con cuánto afan os espero!
¡Pasó mi sueño engañoso,
(¡Ay de mí!) y ahora despierto,
Y la soledad me acaba,
Y de tristeza me muero!

XXXIV.

Capullo de rosa blanca
De su alma fué la inocencia;
Su boca el candor tenia
De la pálida azucena,
Y eran humildes sus ojos
Como azuladas violetas.
Un jardinito hacer quiero,
Para que entre flores duerma
A los rayos de la luna
Aquella adorada prenda,
Y amorosas aves canten
Su gloria, y lloren mi pena.

Y quiero con estas manos
De abrojos limpiar la tierra,
Y con mi llanto regarla,
Si llanto á mi alma le queda.
Y en la estacion de las flores
Vereis, vereis brotar frescas,
De su frente, y boca, y ojos,
Como elocuentes emblemas,
Violetas y rosas blancas,
Y pálidas azucenas.

XXXVI.

Debajo de mis balcones
Parábase el saboyano;
Ella, la música oyendo,
Danzaba al sonido mágico,
Y yo de gozo temblaba
Como la hoja en el árbol.
Debajo de mis balcones
Hoy se paró el saboyano:
Levantar le ví los ojos
Una, dos, tres veces, cuatro...
¡Y una, dos, tres, cuatro veces
Sin esperanza bajarlos!
No mires á mis balcones;
¿Por qué miras, saboyano,
Si ya no ha de salir ella
A este balcon solitario,
Para echarte la limosna
Bendecida por su lábio?...
No mires á estos balcones,

Y si vuelves, saboyano,
La voz del órgano apaga,
Y pase, por Dios, callando,
Pues yo no sé lo que tiene
¡Ay! que no puedo escucharlo.
1862.

MAGNA MATER.

EL OTOÑO.

(ESTROFA.)

AL

AL INSIGNE ESCRITOR PORTUGUÉS

LUCIANO CORDEIRO.

El año va á morir; los horizontes
ya el Estío no inflama con su lumbre,
y desde el hondo asiento hasta la cumbre
niebla pálida sube por los montes.
¡Hora de universal melancolía,
en que al sentir deshecha la corona
resplandeciente que á su sien ceñia,
Naturaleza entona
con acento inefable su elegía!
El año va á morir; señales ciertas
lo anuncian á la vez en tierra y cielo:

ya alfombran mústias ramas y hojas yertas
el agostado suelo;
ya entre nubes de polvo las levanta
en remolino el vendaval, que espanta;
el nido ya en las selvas enmudece,
y ántes de ver sus lastimosas ruinas,
en hogares tranquilos se guarece
el pueblo de las mansas golondrinas;
ó como tribu errante de proscritos,
emigran en veloces caravanas
á las vecinas costas africanas,
el aire estremeciendo con sus gritos.
Mas ¿por qué dolorosa despedida
al hombre, al ave, al bosque y la pradera,
del año arranca la Estacion postrera,
si es la muerte un aspecto de la vida,
si jamás ha de ser interrumpida
la fecunda labor en que, afanosa,
cada fuerza se agita y cada cosa,
los grandes y pequeños organismos
en la alta inmensidad y en los abismos?
Destellando celestes resplandores,
anticipada Primavera y breve
llovió sobre el almendro tiernas flores
que en blancura compiten con la nieve.
Sus rosas dió el rosal, acariciado
por un beso del sol enamorado,
y su aroma y su miel; en rico fruto,
el árbol de los huertos su tributo,
y la espiga su grano,
que sazonó, benéfico, el Verano.

Mirándola despues tan demudada,
su hermosura al mirar cómo se agota,
dice el hombre, en su mente acongojada:
«La tierra imágen es de nuestra nada,
la maldicion de Dios sobre ella flota;
Cibeles, como Niobe, entre desiertos,
contempla con dolor sus hijos muertos,
y en los caducos pechos ya no siente
bullir copiosa la materna fuente.»
Y es que en el alma, al ausentarse, deja
tristeza indefinible lo querido,
y áun, tras larga costumbre, el mal sufrido,
como bien que se pierde ó que se aleja
y hace que el llanto, comprimido, rompa,
si lágrimas les quedan á los ojos:
del bosque antiguo la marchita pompa,
los míseros despojos
de aquello que formaba en otros dias
la ambicion y las locas alegrías
de tantos corazones,
son cual sombra de mágicas visiones.
Hoy, que revuelto y bramador arroja
el viento equinoccial su soplo rudo
y el campo deja de esplendor desnudo,
responde á cada hoja
que de su tallo se desprende, seco,
un ¡ay! profundo, un eco
en todo el que el fantasma, de repente,
ve alzarse del recuerdo en su memoria,
fria quizás, ayer, ó indiferente
á lo que fué su amor y fué su gloria.

¡Nacer! ¡sufrir! ¡pasar!... ¡Hondos mis-
[terios
para la ciega multitud! no sabe
que en huesa humilde y monumento grave
con que el tiempo sembró los cementerios,
ni un átomo de polvo, inerte, anida;
que allí la noche es cuna de la aurora
de un mundo que en silencio se elabora,
y es cada tumba, al parecer dormida
cuando en Noviembre la campana llora,
volcan en donde hirviendo está la vida.
Nunca ¡oh vida! en tu altar el fuego ex-
[tinto
los hombres han de ver ni las edades:
al fúnebre recinto
áun llega de campestres soledades
el eco del placer con que la aldea
acompaña la rústica tarea
de la alegre vendimia: en el sarmiento,
secándose, el follaje amarillea;
marchítase el pezon:
es el momento
de entrar á saco, entre festivo coro,
la vid cargada de racimos de oro,
y la que el peso agobia y ha rendido
del que se arrastra en púrpura teñido.
Trabajo y recompensa á todos llaman:
las mujeres, los mozos, los ancianos,
y áun la turba infantil, corriendo ufanos,
por la viña en tropel se desparraman.
Arde el acero al sol: aquí, derriba

el codiciado fruto, y prontas manos
lo recogen avaras; allá, en cesto
de entretejida mimbre, bien dispuesto,
aquél, en hombros al lagar vecino
lo conduce, bañado
sintiendo el rostro de sudor honrado,
que, al par, sombrea el polvo del camino;
éste, guiando va la tarda yunta
que de la viña removió la tierra
donde, inseguro, su tesoro encierra,
y la serena voz hoy alza y junta
al rechinar del carro en que rebosa
la cosecha del vino, generosa.
Y cuando, en fin, se apagan á lo léjos
de la tarde los últimos reflejos,
y el toque de oracion despide al dia,
y la luz de la aldea,
y el humo de la tosca chimenea
al descanso, que ansía,
llaman al viñador, la gente moza,
siempre al placer dispuesta, se alboroza
—oyendo el tamboril, que va delante—
y grita, y bulle, y danza delirante;
pues ya del mosto, que su sangre enciende,
rico de aroma y de color opaco,
y por su faz extiende
la máscara jovial del viejo Baco,
sus fuerzas restauró con libaciones
alternadas de risas y canciones.
Champañ, Jerez, Borgoña,
Málaga, Oporto, Rhin, Chipre, Madera,

que celebró la pastoral zampoña
y el arpa del festin en donde quiera;
¡cuánto dolor no ahogaron en el fondo
de jarro enorme y hondo,
y en cristalinas copas resonantes,
fascinando la vista
los íris y reflejos y cambiantes
del ópalo, jacinto y amatista!
¡Gloria al sol de los pobres, que fermenta
con ruido de sutil chisporroteo
en seguro tonel que lo sustenta,
del trabajo rural rico trofeo!
Él anima las fiestas familiares;
él es al miserable y afligido,
en talleres y lóbregos hogares,
cual bálsamo precioso recogido
en la callada fuente del olvido.
Él, en cuadros risueños
y visiones convierte, encantadoras,
los horribles fantasmas de los sueños
con que le inquietan las nocturnas horas;
y de su triste condicion, entónces,
soberbio y trasformado se levanta,
creyendo que al clamor de roncos bronces
pisa régio escabel su fiera planta.
Y entónces su ángel bueno, porque ocaso
no tenga en el instante su ventura,
el peligro con lágrimas conjura,
y al tiempo volador detiene el paso
adormeciendo los instintos crueles
de sus negros y rápidos corceles.

Diciembre se avecina;
con él ha de venir el crudo hielo;
ya que robar no puede el sol al cielo,
el leñador al monte se encamina
para hacer tributarios
al encinar y al roble centenarios.
Fulminante destral hiere y desgaja
rama y tronco á la vez; nada desdeña;
y por breñoso risco y parte baja
zumbando el eco va de peña en peña;
y van—como la Ruth que la Escritura
celebra de los dias patriarcales
espigando en los pródigos trigales—
ancianas sin ventura;
y niños van de rostro macilento
que el hambre descarnó y azota el viento,
recogiendo tambien lo que se infiere
no ha visto el leñador, ó ver no quiere.
¡Prevision admirable! ¡A tanto obliga
la destemplada bruma de la tierra!
Forzoso es oponer guerra á la guerra,
sin descanso acopiar—como la hormiga
su futuro sustento en el Estío—
el calor y la luz, muertos ó ausentes,
cuando el sudario de la nieve, triste,
en el Invierno las campiñas viste
un tiempo florecientes,
y es dulce oir, bajo seguro techo,
cómo ruge y se queja
en las montañas el turbion deshecho;
miéntras escucha popular conseja

ó recita piadosas oraciones
la familia de noche congregada
en torno á los tizones,
cuya ondulante y roja llamarada
con fantásticos tonos la cocina
y los atentos rostros ilumina.

A veces, el silencio
de algun hogar sencillo
con voz aguda rompe
desde un rincon el grillo,
que en olorosa mata
de salvia ó de tomillo,
ó de la leña oculto
entre los haces fué.

Y aunque recuerde acaso
del valle la hermosura,
bendice el calor suave
la humilde criatura,
y al que sustento y vida
y albergue le asegura,
del tiempo, que ya asoma,
contra la saña cruel.

En tanto el labrador, al ocio ajeno,
que mortales sin fin entrega al diablo,
con limpia avena y heno
dispone en el establo
para la siembra los robustos bueyes;
á cuyo aliento y fuerza de titanes,
y al que lejano de menguadas greyes
los rige y los gobierna por los panes,
deben más que á los grandes capitanes

su dicha y esplendor pueblos y reyes.
¡Ea, el alba despunta! apresta el grano
que cada surco llevará en su entraña:
la reja toma, que el orin no empaña
si el vicio no domina al aldeano.
¡Qué de glorias te brinda esta campaña,
y cuántos goces de contar prolijos!
No es sólo el alimento de tus hijos
y el de tu fiel y amante compañera
el dulce premio que á tu afan espera:
en ese grano, que el sudor fecundo
rociaba de tu frente,
y la lluvia del cielo, conveniente,
se encierra todo un mundo;
con él, cuando en el surco lo sepultas,
descubrirás que siembras juntamente,
si á la razon consultas,
la paz de tu conciencia,
tu ansiado porvenir, tu independencia,
el amor, sumo bien de los mortales,
que reanuda los lazos fraternales
y sabe dar encanto á la existencia.
Al remover el suelo
la reja y el arado,
tal vez, partida, cruja
la espada del soldado,
que, léjos de sus padres,
del mundo abandonado,
y envuelto en sangre propia
sin vida allí cayó.
¡Quién sabe si en España

sintió la luz primera!
¡Quién si de extraño pueblo
seguia la bandera!
Su polvo, ya sagrado,
á la piedad sincera
está con mudas voces
pidiendo una oracion.

Taller activo donde el yunque gime
al vigoroso golpe de la idea,
no duerme la ciudad, ni la tarea
esquiva que la ilustra y la redime.
En ella, los profundos pensadores,
en ella, los poetas, los artistas,
del progreso y la luz propagandistas,
en ella están los grandes labradores
de la cultura humana,
lanzando, entre miserias y dolores,
la semilla de tiempos y de flores
que otra generacion, nueva, lozana,
y más feliz, cosechará mañana.
En ella están, bajo su planta hundidos,
los antros de las viejas podredumbres;
mas en ella tambien, como altas cumbres
donde ponen las águilas sus nidos,
las virtudes gigantes
que luchan, ignoradas, sin sosiego;
la Caridad, de corazon de fuego
y de ojos penetrantes,
á quien nada se esconde
y al grito del dolor siempre responde.

Oscura línea el horizonte raya;

la eternidad al año abre el horrendo
abismo del no ser; el sol desmaya;
las hojas, amarillas, van cayendo,
cayendo,
cayendo,
como gotas,
como notas
de una lira
que suspira
sordamente;
como granos finísimos de arena
que la voraz clepsidra al cabo llena;
y el último, al caer, doblan su frente
de pálida azucena
sobre el árido pecho,
ángeles que á beber aire más puro
que el de este valle estrecho
volando van *al inmortal seguro,*
y de júbilo á Dios cantan *hossanas,*
miéntras lloran por ellos las campanas
en el abismo terrenal oscuro.
¡Llorar! ¿Quién no ha llorado? ¿Quién
[no llora,
si amó, y pasaron sus amores breves,
como pasan las nieves
cuando arde el sol que las espigas dora
y á la bondad celeste pone el sello?
Mas el Otoño de la vida es bello
y dulce su tristeza al peregrino,
que volviendo los ojos al camino
recorrido por él, penoso y largo,

y entrando en su conciencia
libre de peso y torcedor amargo,
decir puede á la santa Providencia:
—«Amé, no aborrecí; nunca he tenido
con la maldad respetos ni alianzas;
al que me hirió, le he herido
con estas dos venganzas:
el perdon y el olvido.
Gocé en la dicha ajena;
y sordo á los agravios,
la vil copa jamás llevé á mis lábios
de la pasion injusta, que envenena.
Morirán las espinas y las palmas
que coronan al grande y al pequeño;
mas no, no será un sueño
la floracion futura de las almas.
¡Hora feliz, en que la mia vienes,
oh Señor, á arrancar del frágil vaso
y vida más perfecta le previenes!
La muerte es un progreso, breve el paso;
estoy pronto á partir:
¡Aquí me tienes!»

25 de Junio de 1876.

CREO.

Á ARMANDO PALACIO VALDÉS.

Era yo adolescente;
Estudiaba la ciencia de la vida;

Y á mi deber prestándome obediente,
Una mañana espléndida, florida,
En que brillante el sol al cenit sube
Rompiendo al agua su prision de hielo,
Y en que todo sonrie, tierra y cielo,
Autopsia de un cadáver que hacer tuve.
La fecha es ya remota;
Pero recuerdo bien, cual si hoy lo viera,
La impresion que él en mí causó primera;
La de una lira fué postrada y rota,
La de un árbol caido
En cuyo tronco hueco
Y de la copa en el ramaje seco
Ningun pájaro canta ni hace nido.
En torno de la mesa donde estaba
El cadáver tendido,
Ávido de saber lo examinaba
Un grupo juvenil de compañeros,
Que, como yo, pedian á la muerte
—Libro mudo al mirar de los profanos—
Revelacion de hondísimos arcanos
Que nunca sola descubrió la suerte.
¿Es la materia inerte,
Por impulsos fatales
De fuerzas y elementos naturales,
Con órden siempre el mismo, nunca en guerra,
La artista soberana
De la persona humana,
Coronacion y cima de la tierra?...
¿Pudo el átomo ciego,
Que á otros unió la mano del destino,

La estátua bella concebir, y luego
Con esplendor iluminar divino
El sagrario del alma, en que la idea,
Lámpara de aquel templo, centellea?...
  Mucho la ciencia en el àbismo labra,
Inmensamente hondo,
Buscando la verdad, que está en el fondo;
Mas su última palabra
Aún es, pese á su celo y al cariño
Con que extiende los viejos horizontes
Y allana del error los árduos montes,
Balbuceo de niño,
Preludio vago de ave,
Que, siendo nueva, gorjear no sabe.
  La ciencia en tal momento
Mostrábase, pues, muda;
Tampoco la piedad, que es sentimiento,
Desvanecia entónces nuestra duda.
Sólo allí contemplábamos despojos,
Ruïna lastimosa
De una pobre muchacha que fué hermosa;
Sin fulgor los luceros de sus ojos,
Y en la mejilla, como el mármol yerta,
Una lágrima inmóvil y desierta;
Que forman los dos polos de la vida,
Llanto al nacer y llanto á la partida.
  Larga toca de luto
Parecia el cabello derramado
Sobre su pecho enjuto,
Por la fiebre con ánsia devorado.
Bajo la dulce curva de su frente,

Que la pasion un dia
De virginal pudor teñir solia
Y de matiz más vivo y refulgente,
Estaba al soplo de enemigo viento
Apagado el hogar del pensamiento.
¿En dónde la palabra luminosa,
Irresistible iman de corazones?
¿En dónde el lábio de encendida rosa,
Fresco nido de besos y canciones?...
La voluntad, que en la materia manda
Y á su antojo la mueve y esclaviza,
No podia decir á la ceniza,
Como á Lázaro Cristo:—¡Surge, y anda!—
Porque siendo potencia
Del alma, con el alma tendió el vuelo
Cuando ésta vió en el suelo
Volcado y roto el cáliz de su esencia.
Vencido el cuerpo y sin vital resorte,
En vano era esperar que despertase
Y al hombre cautivase
Con su gracia infinita y gentil porte.
Ni un ¡ay! ni un movimiento interrumpia
De la muerta la calma;
El ritmo cadencioso no se oia
Del corazon, el péndulo del alma.
Permanecia en pié la duda grave
Enfrente de la esfinje misteriosa,
Que sin tregua y tenaz la ciencia acosa
Porque del negro enigma dé la clave.
En cumplimiento yo del deber mio,
Que era buscar en el cadáver huellas

Del mal postrero y aprender en ellas,
Tomé, por fin, el escalpelo frio,
Cuya punta acerada
Facilitóme, súbito, la entrada
Del organismo, donde, áun yerto, vibra
La presencia de Dios en cada fibra.
Como el que sale de prision oscura
En que jamás de luz un rayo asoma,
Dirigiendo los ojos á la altura
—Si su impaciencia natural no doma—
De mirarlo perdida la costumbre,
Oféndele del sol la roja lumbre,
Tal á mí deslumbróme aquel portento;
Mas pasado un momento,
Ya no ví el espectáculo aflictivo
De la profunda mundanal miseria,
Sino de Dios alzado el templo vivo
Sobre el escombro ruin de la materia.
De cada fibra allí, de cada poro,
—Garganta y boca de órgano sonoro
A mi grave atencion,—brotaba entónces,
Más robusto que el himno de los bronces
Que en el aire de sí no deja rastro,
El formidable hosanna repetido
Por las cosas que son y las que han sido;
Desde el átomo al mar, del polvo al astro.
El corazon allí: de allí partia
Cruzando inestricables laberintos
Por innúmeros vasos y distintos,
Como el agua que va por las montañas,
De sangre y de calor vivo torrente

Que de púrpura viste las entrañas,
Y de reflejo ardiente,
Y de apacible claridad de aurora
—Revelaciones del sentir—colora
Del rostro humano el velo trasparente.
¡Sí! yo vi á Dios al levantar el velo,
La túnica inconsútil que cubria
La interior armonía,
Sublime cual la fábrica del cielo.
Y vi la red de nervios prodigiosa
Por cuya ténue urdimbre el alma envia
A otras almas su tierna simpatía,
Su amargura ó la paz en que reposa.
Por ella va la cólera, que estalla
Con el ronco rugir de los leones;
Por ella van risueñas ilusiones,
Brisas en el ardor de la batalla.
Ella sabe arrancar, mágico plectro,
Al corazon sonrisas y gemidos;
Por ella, atravesando los sentidos,
De la vida exterior pasa el espectro,
Imágen de atractivos tentadores,
Con todas sus grandezas y dolores.
Y vi el cerebro, incandescente foco,
Montaña de sublimes tempestades,
Desde la cual el génio, audaz y loco,
Revela al mundo incógnitas verdades;
Faros que, persiguiendo su destino,
La humanidad encuentra en el camino.
Libre, serena, inviolable, augusta,
Su trono la conciencia en él levanta:

¿Qué iniquidad la asusta?
¿Qué tirano la espanta,
Si su recinto, por desgracia de ellos,
Lo selló el mismo Dios con siete sellos?
Allí el timbre indeleble,
El blason peregrino
Que en su obra estampa el Hacedor Divino:
¿Cómo temer que la razon despueble
De su nativa fé los corazones,
Siendo las dos de lo invisible escalas,
Y al par las grandes alas
Que los pueden subir á sus regiones?...
Si el hombre, sér activo, inteligente,
Que ve la antigua terrenal morada
Por virtud de su génio trasformada
Y el sudor generoso de su frente;
Que desafía y aprisiona al rayo;
Que á la aridez horrible del desierto,
Por las ruinas del *simoun* cubierto,
Pone la verde túnica de Mayo
Haciéndolo mirarse á un tiempo mismo
En el espejo diáfano de un Istmo:
Si el hombre, que con polvo del planeta,
Aluvion de uno y otro cataclismo,
Reconstruyendo va con ánsia inquieta
El pasado que duerme en el abismo:
Si todo el génio humano,
Cuyo progreso encanta y maravilla,
Sólo por sí se agitaria en vano
Para crear un mísero gusano,
Un insecto, una humilde hierbecilla

¿Cómo esperar de la materia bruta,
Sin voluntad, sin arte, sin conciencia,
Que ni piensa ni siente, en absoluta
Invencible impotencia,
El milagro inefable
Del hombre, criatura incomparable?
Mas el divino *fiat* pronunciado,
La materia palpita,
Y de luz bautizado
El hombre su alto orígen acredita.
¡Pobre muerta! de allí, cuando en el frio
Del barro elemental, áun no formada,
Eras sombra gemela de la nada,
De la vida el rocío
Cayendo, al punto fué tu forma bella;
Y el espíritu—estrella—
Sobre tu frente levantóse luégo
Como lengua de fuego,
Para decir al mundo tú con ella
En tu veloz y doloroso paso:
—¡Hija del cielo soy, no del acaso!—

—

Hoy, que evoco recuerdos de otros dias,
Cantado por la muerta de mi historia
Oigo un himno de gloria
Que robustece las creencias mias.
Pero no es la razon, no es un delito;
Antorcha, sí, que inextinguible creo;
Con ella Prometeo
En cada triunfo, que será bendito,
Leyendo va gozoso

Una página más del infinito,
Sin que el Dios que es mi Dios, Dios no [celoso
Como el antiguo Jove,
Tema que el cetro y el poder le robe.

Febrero, 1875.

CONTEMPLACION.

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO SEPÚLVEDA Y RAMOS.

En vano el hombre, con afan ardiente,
Esperó de su oscura inteligencia
La luz que revelara claramente
Del Criador la inescrutable esencia:
A Dios no se le busca, se le siente.
En estas apartadas soledades
Entrando lo sentí, como en el mundo,
Y del mar en las bravas tempestades,
Y en el etéreo espacio, áun más profundo.
Todo nombra al gran Sér; en su alto vuelo
El águila feroz que asalta el cielo;
La gemidora tórtola en su nido
De pluma suave y amarilla paja;
El valle florecido,
Y el árido peñon que se desgaja
Con espantoso estrépito del monte,

Dilatando el confin del horizonte.
El cielo estaba azul; hermoso el día;
Enfermo yo.
¡Qué súbita alegría,
Qué claridad, no usada, en mi tristeza,
Mirando que ante mí resplandecia,
Rico de amor y con sin par grandeza,
Cantado por la eterna sinfonía
Del torrente, el perfume, el ave, el lago,
Los árboles, la luz y el aire vago!
La miserable araña
Su red tejiendo, astuta cazadora,
En el podrido tronco donde mora;
El pino enbalsamando la montaña;
Cada flor, cada piedra, cada insecto;
Lo bello, lo deforme,
Lo ruin, lo microscópico, lo enorme,
Todo en su propia condicion perfecto,
Bueno todo y conforme
Al pensamiento y voluntad Suprema,
Rimaba en el espléndido poema
Como no soñó nunca el arte humano
Que rimara en la música y el verso;
¡Y era, no más, imperceptible nota
En el coro de mundos soberano!
¡Qué mucho!... ¿No es, acaso, el Universo
Que la mente concibe, pobre gota
En la honda infinidad de un Oceano?
De la luz reflejando los cambiantes,
En cristalinos tumbos destrenzadas
Caian de las cumbres las cascadas

Cual lluvia de diamantes,
De rubí, de esmeralda y de zafiro,
Sobre tapices de flotante hiedra
Colgados de la piedra,
Que envidia fueran á Sidon y á Tiro.
El alma del mortal aquí se abisma
En muda adoracion.
Iris, (1) al prisma
Le roba sus colores,
Y al dia, cuando nace, sus albores,
Para despues unirlos
Y el velo entretejer que la engalana:
Sobre el rústico *Baño de Diana*
Derrócase *El Torrente de los mirlos,*
Que, por hundirse en él, loco se afana;
Salta *La Caprichosa*, cuyo nombre
Despierta mil recuerdos en el hombre,
Que yacían dormidos
Con los placeres y los años idos;
Y en *El Vado* se juntan y encadenan
Las armoniosas voces del concierto,
Aislada cada cual en el desierto,
Y en una formidable el aire llenan.
¿Qué inspiracion, qué lira, qué audaz canto
Osaria decir prodigio tanto?
¿Cómo expresar pudiera el que lo escucha,
Arrebatado en éxtasis sublime,
Si cerca estalla belicosa lucha,

(1) Las palabras de bastardilla indican los nombres de algunas de las muchas cascadas que forma el rio *Piedra*.

Si es un eco del mar, que hierve y gime,
O el clamor de irritada muchedumbre,
O el del viento, que en ráfagas de lumbre,
—Tan bella en las auroras boreales—
Anuncia del incendio las señales,
Repetidas, despues, de torre en torre
Por la campana, cuyo grito corre,
Y ántes que el fuego los hogares yerme
Llama á la Caridad, que nunca duerme?
Y no era sólo allí: la gran palabra
En admirables grutas esculpida
Dejó la gota de agua, que las labra
Con filtracion perpétua y escondida.
Por ella convertida
En piedra fué la flor; el tronco verde
Su vivir vegetal por ella pierde,
Y en gestacion de siglos laboriosa
La esbeltez y la gracia va tomando
De la columna y de la flecha airosa,
Como en el seno de capullo blando
La oruga se va haciendo mariposa.
Cuando los ojos puestos en el muro
Vestido de arabesca filigrana,
Viendo están asomarse una sultana
Al gallardo ajimez allá en lo oscuro,
Rasgado por la eterna y leve gota
Que con fulgor de estrella, claro brota,
Contemplacion distinta, arte más bello
Tambien parece revelar, cercano,
Que allí su augusto sello
Dejó á los siglos el cincel cristiano.

Aquella realidad encantadora
Dice tanto á la dócil fantasía,
Que arrancándola al culto y gente mora
Al culto y pueblo de Jesús la guia.
El órgano de bronce canta y llora;
Se escucha la plegaria de los fieles;
El arte, ya hecho espíritu, se eleva
Con libre impulso y armonía nueva
En ojivas, estátuas y doseles,
Retablos y caladas torrecillas,
Por la profunda nave y las capillas:
Y allá, en un hueco, sobre altar mezquino,
Porque la ingénua fé su triunfo cante,
Puso el artista el Cristo bizantino,
Bárbaro, seco, tosco, agonizante,
Si no en la forma, en la intencion divino;
A cuyos piés de hinojos,
Pareciéndole así más grande y santo,
En lágrimas que asoman á los ojos
El alma de una Edad vertió su llanto.
¡Oh verdes bosquecillos!
¡Oh selvas de gigantes, cuya copa
Protege al árbol y al rosal de Europa
Donde anidan los pájaros sencillos!
El grave pensamiento
De tiempos rudos, que en las grutas crece,
Vosotros ahuyentais; se desvanece
Como veloz relámpago en el viento,
Y Grecia en las campiñas aparece.
La sombra, que con paso fugitivo
Del monte va rompiendo la maleza,

Perseguida de Sátiro lascivo
Que ve nuevo incentivo
En su esquivez medrosa y gentileza,
Es la desnuda Ninfa que, entre acacias,
Espejo hacía del raudal sonoro
Donde admiró sus juveniles gracias,
Y de su libre cabellera de oro
La red que escarchan perlas de agua fria
Y loco al Amor mismo volveria.
Ya de parral opimo
Pende sano racimo
Con un rayo de sol en cada uva;
Que, fermentada en la repleta cuba,
Cuando el invierno aleve
De asolador granizo cubra y nieve
Llanuras y montañas,
Alegría y calor dará no escasos
En cincelada copa y toscos vasos
A soberbias mansiones y cabañas.
De él cortará su tirso la Bacante;
Y con los tiernos pámpanos tejidos,
Oloroso laurel y hiedra amante,
Que ahora abraza á los árboles crecidos,
Coronará á su dios cuando radiante
De júbilo, entre danzas placenteras,
A la dulce armonía
De la flauta de Pan, cruce la umbría
Del bosque y las praderas
En su carro tirado por panteras.
¿Mas qué salvaje estruendo de batalla
En *La Peña del Díablo* turba el viento?

¿Qué catástrofe horrible su muralla
Enrojeció, y sobre ella, en qué momento
Sonó la guerra su clarin sangriento?
¡Oh asombro, padre de mentidas cosas!
Es que abajo en *Pesqueras* silenciosas,
Por la industria del hombre aprisionadas,
Y en su base dormidas como lagos,
Los rumores tambien resuenan vagos
De torrentes y frescas enramadas.
Y las hendidas rocas, que semejan
Fortalezas labradas por titanes,
Al pensador adivinar le dejan
Que duro el monte á lluvias y huracanes,
Sintió la convulsion de los volcanes.
La tarde va pasando; ésta es la hora
De ver lo que al soberbio más humilla,
La mayor maravilla
De tantas como el *Piedra* allí atesora.
Entremos.
De su voz atronadora
Forma, al compás, el despeñado rio,
Por entre rudas quiebras,
Un velo de cristal y de rocío
Que al aire flota en esparcidas hebras,
Colgado cortinaje
Entre el medroso abismo y el paisaje.
No está la gruta sola; no; la habita
El gran desconocido del que gime
Sordo al eco interior que en él se agita;
Está llena de Dios.
Quien la visita,

Inmóvil queda, y calla: es que le oprime
El peso abrumador de lo sublime.
Por los rayos solares irisada,
Como nube de gloria, inmaculada,
Eleva su himno eterno
Con voz tempestuosa la cascada (1).
Abajo, un pozo oscuro del Averno,
Que por venas filtrándose de roca
Se abrió paso en el monte,
Su raudal en un lago desemboca.
Sesgando va Caronte
De aquella azul Estigia los desiertos,
Del remo al golpe triste y compasado,
En su barco sombrío, tripulado
Por las fúnebres almas de los muertos.
Si arriba, en nube diáfana que asombra,
La fantasía alzarse vió serena
De Beatriz inmortal la dulce sombra
Exhalando fragancia de azucena,
En el lúgubre fondo de la sima
Virgilio y Dante, con dolor, y llanto
Que su piedad magnánima sublima,
Contemplan las regiones del espanto.
Rechina y cruje de Ixïon la rueda
Que al condenado, en su girar, destroza.
Densísima humareda
De cráter que suspira y que solloza,
Asciende en espirales

---

(1) Alúdese en estos versos á la llamada *La Cola de Caballo.*

Con ecos de martirios infernales,
Que, en número no exíguo,
La Edad Media soñó y el mundo antiguo.
De lo sublime portentoso ejemplo
Lo visto, cuando sube la mirada
Aún queda más inmóvil y encantada
En las ciclópeas bóvedas de un templo.
Modelando fué en él la gota oscura
Donde concluye la vision dantesca,
La flora cual la fáuna gigantesca
De aquella peregrina arquitectura.
¡Espíritu increado,
Fuerza generadora, fuente viva
De lo que es, lo que ha sido, y lo esperado!
¿Qué edad de su conciencia te ha borrado?
¿Qué culto el tuyo universal derriba?
Sobre los negros círculos del Dante
Se espera ver á Budha, Brahma, ó Shiva
Trasformado en simbólico elefante,
En quien el mal y el bien el indio adora:
Aquella gruta mágica es Ellora;
Entre aquellos encajes prodigiosos,
Ménos que en Lúqsor é Isambul deformes,
De Memnon se vislumbran los colosos
Y de Ápis la cerviz y tronco enormes.
La niebla miente en los profundos léjos
Columnas de asombrosas proporciones;
En confusos bosquejos
Hay aladas esfinjes y leones;
Y despues, en las cúpulas se agita
La luz que el viento de los bosques sopla

É irradia en elegante estalactita,
Como en el templo ayer, y ahora mezquita,
Que ve alzarse, entre mil, Constantinopla.
En corola de piedra, desmedida
La venerada flor del loto crece;
Allí el buitre del Cáucaso parece
Que se ceba en la entraña apetecida,
Y va á emprender su vuelo soberano,
Entre cedros del trópico y palmeras,
A las altas esferas
El terrible condor americano.
Y en todo, y sobre todo, lo infinito,
Lo arcano, lo innarrable, lo que excede
A lo que humana ciencia alcanzar puede,
Y allí en obras visibles no está escrito,
De pavor religioso el alma llena,
É inspiracion y canto al par enfrena.

—

Cuando despues miré del monasterio
El derruïdo altar, y la capilla
Donde la antígua lámpara no brilla,
Ni el órgano resuena ni el salterio,
Pensé en lo deleznable de las cosas
Por el arte y la industria fabricadas;
Flores de un dia, en su estacion hermosas,
Que á poco barre el viento deshojadas.
¡Triste fin! ¡Caso adverso!
Mas entre tantas ruinas seculares
Nó faltarán al Criador altares:
Le queda el Universo.

Junio de 1875.

ARMONÍAS.

EL SILENCIO.

(ARMONÍA NOCTURNA.)

El Llobregat corria
Con movimiento blando,
A mis piés murmurando;
Yo no sé qué decia
Desde su oscuro lecho;
Sólo sé que su voz sonó en mi pecho
Con vaga y melancólica armonía.
Aun el beso fugaz siento del aura
Que el ánimo restaura,
Y el olor de los pinos solitarios
Que coronan los montes,
Límite de serenos horizontes;
Oigo el débil quejido
Del pájaro nocturno
En las breñas perdido,
Y su sordo aleteo;
Y el insecto que zumba;
Y áun hoy la luna veo,
Cual lámpara colgada ante la tumba
Que un sér amado encierra,
Bañando las profundas soledades
Del cielo y de la tierra.
Pero no, este silencio no es la muerte

Helada, inmóvil, muda,
La que el alma sin fe sueña y advierte:
Desde la dura piedra
Que el musgo cubre y la amorosa hiedra,
Hasta la peña colosal desnuda;
La quietud de los campos, y la sombra;
El lucero; la nube
(Gracioso y casto velo
Tras el cual centellea);
El Montserrat, que sube
Soberbio escalonándose hasta el cielo,
Pilar robusto aquél, y éste corona
De la santa patrona
Que al pueblo catalan tiende su manto,
Forman todos el canto
Sublime del silencio,
Con palabras sin voz, de poder tanto
Que el alma las entiende,
Y, embriagado por ellas,
Su movimiento el corazon suspende.
¡Oh noche! ¡Oh soledad! ¡Oh gran concierto
Que oye sólo el espíritu despierto,
Y no el torpe sentido!
A tu conjuro misterioso, vuelve
A ser, y se levanta lo que ha sido;
Las dormidas memorias,
Los dias y los años,
Fantasmas de dolores y de glorias,
De placer, de esperanza y desengaños.
Aquí, el hogar paterno,
Templo de la alegría

Que iluminaba el sol de medio día,
O el rayo de la luna;
Y en un rincon la cuna,
Ayer tranquila nave
Que arrulló la niñez de un inocente,
A quien hoy arrebata la corriente
En los revueltos mares de la vida,
Por furiosas tormentas combatida.
  Allá, la verde alfombra
Del valle solitario;
El árbol, fiel amigo
Que fruta daba y sombra;
El viejo campanario,
Que la oracion cantaba
Con acento monótono y profundo,
Y el tránsito de un alma á mejor mundo,
O bien desde la aurora
Las fiestas celebraba
Del pueblo, y de la Patria vencedora.
  Por aquí bulle inquieta
La alegre romería; y en los huecos
De la colina escueta
Y el espacioso llano,
Repiten, alejándose, cien ecos
Del tamboril los rústicos sonidos
Con cantares y danzas confundidos.
  Y en faz dulce, halagüeña,
Como niño que sueña con las hadas,
O con su madre y con el cielo sueña,
Van pasando, en su féretro acostadas,
Reinas de otros festines ¡ay! hermosas,

Que vivieron la vida de las rosas;
Y pasan allá léjos... allá léjos...
Donde la luna apénas da reflejos,
Al triste suspirar del bosque umbrío
Y el sollozo del rio.
En el aire y el cielo
Hay ojos que nos miran,
Y bocas que suspiran,
Y manos que nos llaman,
Y genios invisibles que nos aman:
Y de la selva oscura
Por la intrincada y lóbrega espesura,
De su paso veloz sin dejar huellas,
Fantásticas visiones cruzan bellas,
Quizá recuerdos pálidos de amores,
Formas, tal vez, de sueños seductores,
De nuestro corazon, tal vez, pedazos,
Tendiéndonos los brazos,
Y virginal sonrisa
Mandándonos en alas de la brisa.
En tanto, por el piélago infinito
De esos mundos que en letras de luz tienen
De Dios el nombre escrito,
Su alto vuelo el espíritu desplega;
Ansioso de luz llega,
Y, abismándose en él, ve más cercana
La majestad de Dios, y compadece
La pequeñez de la grandeza humana.

RIMAS VARIAS.

EPISODIO DEL COLERA.

SONETO.

Ya el negro monstruo en el espacio gira
De esa desierta habitacion callada;
¡Huid...! ¡no haya piedad...! está apestada,
Y en el revuelto lecho un hombre espira.
El hijo, ingrato, con horror le mira;
Y lívida, y la frente desgreñada,
Léjos su madre arrástrale espantada...
¡De entrambos el amor era mentira!
Cunde el miedo en el tímido y el fuerte;
Y al grave riesgo el ánimo abatido,
Y en todos mudo el sentimiento humano,
¿Habrá ¡infeliz! quien llore por tu suerte...?
Sí, que exhalando lastimero aullido,
Lame un perro leal tu yerta mano.

1854.

VIVIR, ES SER LIBRE.

RUEGO Á UNA SEÑORA.

Preciosa es la jaula
Del pájaro bello,
Que, un nido robando,

Del valle os trajeron.
Mas ved que aunque brillan
Cual oro sus hierros,
Prision es al cabo
De un sér indefenso.
Igual su lenguaje,
Ya en gozo, ya en duelo,
Feliz el cautivo
Podrá pareceros.
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

Cuando él os halaga
Con suaves gorjeos
¿Sabeis lo que dice?
¿Pensásteis en ello?
¿Sabeis si le punzan
Amargos recuerdos
Del campo que amaba,
Y el nido paterno?
¿Pensásteis que alegre
La voz lanza al viento,
Y á un tiempo bendice
Tirano y encierro?
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

Á vos, que de gracias
Y nobles afectos
Dotó generosa
La mano del cielo,
¿Cruel no se os hace,
Por vano recreo,
De un ave inocente
La tumba ir abriendo?
¿Con tiernas caricias
Juzgásteis, al ménos,
Que dulce le hacíais
El pan del destierro?
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

Yo sé que sois buena,
Y amada por eso;
Mostradnos que siempre
Sois digna de serlo.
Soltad al esclavo;
Los rústicos ecos
Le esperan del valle
Y el monte severo.
Ser libre es su esencia;
Privado del vuelo,
Su vida no es vida,
Su vida es tormento.
Y hoy tiene, señora,
Mirad que no sueño,

El canto en el pico,
La pena en el pecho.

1869.

MIRANDO UN CUADRO

DE LA MAGDALENA.

SONETO.

Uncido al torpe yugo del pecado
Tu cuerpo se dobló lánguidamente;
En largas ondas baja destrenzado
Lacio el cabello al pecho penitente.
En la atricion del rostro descarnado
Y en las sombras amargas de tu frente,
Pincel sublime retrató inspirado
El acerbo dolor que tu alma siente.
No sonríen tus labios antes rojos,
Y apénas lucen ¡ay! sin esperanza
Arrasados en lágrimas tus ojos.
Levántalos á Dios, que en su balanza
(Por mucho que la inclinen los enojos)
Pesa más la piedad que la venganza.

1840.

Á DAMIAN MENENDEZ RAYON

Y Á FRANCISCO GINER DE LOS RIOS.

No arrojará cobarde el limpio acero,
Miéntras oiga el clarin de la pelea,
Soldado que su honor conserve entero;
Ni del piloto el ánimo flaquea
Porque rayos alumbren su camino
Y el golfo inmenso alborotarse vea.
¡Siempre luchar!... del hombre es el destino;
Y al que impávido lucha, con fe ardiente,
Le da la gloria su laurel divino.
Por sosiego suspira eternamente;
Pero ¿dónde se oculta, dónde mana
De esta sed inmortal la ansiada fuente?...
En el profundo valle, que se ufana
Cuando del año la estacion florida
Lo viste de verdura y luz temprana;
En las cumbres salvajes, donde anida
El águila que pone junto al cielo
Su mansion de huracanes combatida,
El límite no encuentra de su anhelo;
Ni porque esclava suya haga la suerte,
Tras íntima inquietud y estéril duelo.
Aquel sólo el varon dichoso y fuerte
Será, que viva en paz con su conciencia
Hasta el sueño apacible de la muerte.
¿Qué sirve el esplendor, qué la opulencia,

La oscuridad, ni holgada medianía,
Si á sufrir el delito nos sentencia?
Choza del campesino, humilde y fria,
Alcázar de los reyes, corpulento,
Cuya altitud al monte desafía,
Bien sé yo que, invisible como el viento,
Huésped que el alma hiela, se ha sentado
De vuestro hogar al pié el remordimiento.
¿Qué fué del corso altivo, no domado
Hasta asomar de España en las fronteras
Cual cometa del cielo desgajado?
El poder que le dieron sus banderas
Con asombro y terror de las naciones
¿Colmó sus esperanzas lisonjeras?...
Cayó; y entre los bárbaros peñones
De su destierro, en las nocturnas horas
Le acosaron fatídicas visiones;
Y diéronle tristeza las auroras,
Y en el manso murmullo de la brisa
Voces oyó gemir acusadoras.
Más conforme recibe y más sumisa
La voluntad de Dios el alma bella
Que abrojos siempre, lacerada pisa.
Francisco, así pasar vimos aquella
Que te arrulló en sus brazos maternales,
Y hoy, vestida de luz, los astros huella;
Que al tocar del sepulcro los umbrales,
Bañó su dulce faz con dúlce rayo
La alborada de goces inmortales.
Y así, Damian, en el risueño Mayo
De una vida sin mancha, como arbusto

Que el Aquilon derriba en el Moncayo,
Pasó tambien tu hermano, y la del justo
Severa majestad brilló en su frente,
De un alma religiosa templo augusto.
Huya de las ciudades el que intente
Esquivar la batalla de la vida
Y en el ocio perderla muellemente,
Que á la virtud el riesgo no intimida;
Cuando náufragos hay, los ojos cierra
Y se lanza á la mar embravecida.
Avaro miserable es el que encierra
La fecunda semilla en el granero,
Cuando larga escasez llora la tierra.
Compadecer la desventura quiero
Del que, por no mirar la abierta llaga,
De su limosna priva al pordiosero.
Ebrio y alegre y victorioso vaga
El vicio por el mundo cortesano:
Su canto de sirena ¿á quién no embriaga?
Los que dónes reciben de su mano
Himnos alzan de júbilo, y de flores
Rinden tributo en el altar profano.
En tanto, de la fiesta á los rumores,
Criaturas sin fin, herido el seno,
Responden con el ¡ay! de sus dolores.
Mas el hombre de espíritu sereno
Y de conciencia inquebrantable (roca
Donde se estrella, sin mancharla, el cieno)
La horrible sien del ídolo destoca,
Y con acento de anatema inflama
Tal vez en noble ardor la turba loca.

Jinete de experiencia y limpia fama,
Armado va de freno y dura espuela
Donde una voz en abandono clama;
De heroica pasion en alas vuela,
Y en ella clava el acicate agudo
Por acudir al mal que le desvela.
Si un instante el error cegarle pudo,
Los engañosos ímpetus reprime,
Y es su propia razon freno y escudo.
Sin tregua combatir por el que gime;
Defender la justicia y verdad santa,
Llena la mente de ideal sublime;
Caminar hácia el bien con firme planta,
Á la edad consolando que agoniza,
Apóstol de otra edad que se adelanta,
Es empresa que al vulgo escandaliza;
Por loco siempre ó necio fué tenido
Quien lanzas en su pró rompe en la liza;
Si á tierna compasion álguien movido
Vió al generoso hidalgo de Cervántes,
¡Cuántos, con risa, viéronle caido!
Acomete á quiméricos gigantes,
De sus delirios prodigiosa hechura,
Y es de niños escarnio y de ignorantes.
Mas él, dándoles cuerpo, se figura
Limpiar de monstruos la afligida tierra,
Y llanto arranca al bueno su locura.
Así debe sufrir, en cruda guerra
(Sin vergonzoso pacto ni sosiego)
Contra el mal que á los débiles aterra,
El que abrasado en el celeste fuego

De inagotable caridad, no atiende
Sólo de su interés el torpe ruego.
Árbol de seco erial, las ramas tiende
Al que rendido llega de fatiga,
Y del sol, cariñoso, le defiende.
Él sabe que sus frutos no prodiga
Heredad que se deja sin cultivo;
Sabe que del sudor brota la espiga,
Como de agua sonoro raudal vivo,
Si del trabajo el útil instrumento
Hiende la roca en que durmió cautivo.
¡Oh del bosque anhelado apartamiento,
Cuyos olmos son arpas melodiosas
Cuando sacude su follaje el viento!
¡Oh fresco valle, donde crecen rosas
De perfumado cáliz, y azucenas,
Que liban las abejas codiciosas!
¡Oh soledades de armonías llenas!
En vano me brindais ocio y amores,
Miéntras haya un esclavo entre cadenas.
Que áun pide con sacrílegos clamores
Ver libre á Barrabás la muchedumbre,
Y alzados en la cruz los redentores.
Que del sombrío Gólgota en la cumbre,
Regada con la sangre del Cordero
Sublime en humildad y mansedumbre,
Mártires ¡ay! áun suben al madero,
Que ha de ser, convertido en árbol santo,
Patria y hogar del universo entero.
Padecer, es vivir; riego es el llanto,
Á quien la flor del alma, con su esencia,

Debe perpétuo y virginal encanto.
  Amigos, bendecid la Providencia
Si mandare á la vuestra ese rocío,
Y nieguen los malvados su clemencia.
  ¡Qué alegre y qué gentil llega el navío
Al puerto salvador, cuando áun le azota
Con fiera saña el huracan bravío!
  Así el justo halla al fin de su derrota
Por el mar de la vida proceloso,
Del claro cielo en la extension remota
Puerto seguro y eternal reposo.

1866.

GRADACION.

SONETO.

  Hacer el bien con generosa mano
Tan sólo por el bien, sin otra idea,
Fué siempre nobilísima tarea
Que á Dios levanta el corazon humano.
  Hacerlo á un enemigo, que, villano,
Temor y no virtud tal vez lo crea,
Es más subido mérito, aunque sea
Lo mismo que sembrar el aire vano.
  Partir con el desnudo é indigente
El escaso alimento y el vestido,
Es accion que ya toca en lo eminente.
  Pero hay mayor grandeza en el olvido
Sepultar el bien hecho, y juntamente
El mal en recompensa recibido.

Diciembre, 1876.

Á LA MEMORIA
DE
D. GABRIEL GARCÍA TASSARA.

—¡*Fué!*—dice el vulgo, viendo
Pasar tu sombra,
Como van de los séres
Pasando todas.
—¡Es!—dirá al mundo
La luz perpétua
Que en tus estrofas
Relampaguea.

Yo me asomé á tu libro,
Porque sabía
Que horizontes inmensos
Descubriria;
Como el que, absorto,
La vista espacia
Desde la cumbre
De una montaña.

Aquel libro era espejo
Donde su imágen
Dejaron estampada
Pueblos y edades;
Voz de la historia,
De sus dolores
Y sus profundas
Palpitaciones.

En él vi á Prometeo
Siempre amarrado,
Y al buitre sus entrañas
Despedazando;
En él vi al hombre,
Tántalo eterno,
De un imposible
Siempre sediento.
Cruzábanlo sombríos
Esos cometas
Que podredumbre y sangre
Tras de sí dejan;
Hoy, Sardanápalo;
Mañana, Atila;
Los Tamerlanes,
Las Mesalinas.
En tus versos se escucha
Rodar al fondo
De insondables abismos
Pueblos y tronos:
Nínive, impura
Como Sodoma,
Como Persépolis
Y Babilonia.
Tempestades del polo
Bramando lúgubres,
Que darán fin á Europa
Tal vez presumes:
Que nuevas huestes
De nuevos hunnos
Traerán consigo

Nuevos diluvios.
Vengan, pues, si está escrito;
Serán, si vienen,
Cómplices del progreso,
Que nunca muere.
Santa, no impía,
La obra del siglo,
Con Dios tú en ella
Cómplice has sido.
Galope de corceles,
Crujir de espadas,
Estruendo de cañones,
Choque de razas,
Todo lo alumbra,
Todo lo anima
Con pincel vivo
Tu poesía.
Tú, como aquel de Páthmos
Siervo escogido,
Viste pasar mil monstruos
Apocalípticos;
Uno hizo presa
Del alma tuya,
Débil entónces:
Era la duda.
Porque no revelaba
La esfinje sorda
Misterios á tu mente
Que la interroga,
Con desaliento
Que te desmaya,

Dijiste un dia:
—¡La fé me falta!—
Ilusion era acaso
De tus tristezas:
Pues tu alma, levantándose
Noble y entera,
Sin que el misterio
Rompa la esfinje,
Lo adivinaba
Con fé sublime.
Alas de fuego puso
La fé á tu espíritu,
Que atravesó las brumas
Del infinito,
Y abrió sus ojos,
Y leyó el nombre
De ÉL que el espacio
Siembra de soles.
ÉL sabe por qué el bueno
Suspira y llora,
Y por qué los malvados
Cantan y gozan;
Por qué las nubes
La luz eclipsan,
Y por qué tiene
La rosa espinas.
Con estas disonancias
Y acordes bellos,
ÉL forma de los mundos
El gran concierto;
En donde cantan

Céfiros suaves
Y silban roncos
Los huracanes.
Eco de su profunda
Sabiduría
Son los himnos que entonas
Entre ruïnas,
Cuando el cerebro,
Que piensa y teme,
Deja que el arte
Libre se eleve.
¡Cómo entónces la tierra,
Cómo responden
De todo lo creado
Todas las voces!
¡Cómo con tierno
Llanto de gozo,
Clamas en éxtasis:
—¡Creo y adoro!—
Cisne de Andalucía,
Que, solitario,
En Castilla exhalaste
Tu último canto;
Ésta, que al genio
No olvida ingrata,
Rinde hoy al tuyo
Flores y lágrimas.

19 de Marzo de 1875.

LA LIMOSNA.

Á JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Ayer, cuando la nieve
En copos silenciosa descendia
A impulso de aire leve,
Dejando la guitarra que tañia,
Un pobre me tendió la seca mano...
Y era el pobre, tambien, ciego y anciano.
Y un débil niño yerto
Ví en su regazo; lívido capullo,
Que nunca en el desierto
De un aura dulce se meció al arrullo;
Con lloro acerbo sin cesar regado,
Y mustio de la fiebre al soplo helado.
—«Señor,—con sordas quejas
Clamé, la airada vista en las alturas;—
¿Será verdad que dejas
Sin tu amor á estas flacas criaturas,
Tú, que su duelo y su miseria sabes,
Que sustentas las flores y las aves?»—
El anciano tañendo
Segunda vez, las desacordes notas
Sobre mi corazon iban cayendo
Como trémulas gotas;
Y más que sónes vagos, eran ellas
Suspiros, y sollozos, y querellas.
No sé qué misterioso
Espíritu sublime arrancar pudo,

Qué genio milagroso,
Tierno lenguaje al instrumento rudo,
Que allá en su fondo un alma desterrada
Parecia gemir desamparada.
  A su triste armonía,
A ese rocío de dolor, sediento
Mi corazon se abria,
Despertándose al par el sentimiento:
Así el agua de Mayo el campo inunda
Y los dormidos gérmenes fecunda.
  ¡Oh sábia Providencia!
Si á un mísero mortal penas le diste,
Con pródiga clemencia
A santa compasion otros moviste,
Porque el hombre dichoso ame al que llora.
Y se cumpla tu ley consoladora.
  ¡Señor, yo te bendigo!
En caridad, por tí, mi alma se abrasa;
Dejando yo al mendigo
De mi menguado bien limosna escasa,
De sus ojos inmóviles, sin vida,
La engrandeció una lágrima caída.
  Y con gozoso pecho
Proseguí mi camino triunfante,
Altivo, satisfecho;
Y hubiérame envidiado en ese instante
La no sabida paz que en mí se encierra,
El monarca más grande de la tierra.

1857.

LOS MINEROS.

En sus entrañas amorosas lleva
La Madre universal,
Escondidos tesoros que ambicionan
Los hombres, con afan.

—

Útiles brazos, corazon brioso,
Fuerza y serenidad,
Necesita el minero que pretenda
El abismo explorar.

—

¡Titánica labor!... Á cada golpe
Que la piqueta dá,
Le dicen resistencias formidables:
—¡De aquí no pasarás!—

—

Ya es la roca gigante que el diluvio
No consiguió arrastrar,
Ya el pozo mal oculto en las tinieblas,
Ó mortífero gas.

—

A veces, por impulso misterioso,
Con estruendo infernal
Derrúmbanse pedazos de la roca
Enorme y secular.

—

A veces, se oye el vuelo de esas aves,
Que, entre ruïnas, van

Exhalando gemidos lastimeros,
Y aman la oscuridad.

—

A veces, por las grietas que abrió el agua
Ó el fuego de un volcan,
Y el sol del dia y los nocturnos astros
Permiten contemplar,
Penetran los relámpagos, y silba
Furioso vendaval,
Y el miedo, entónces, sus fantasmas crea
De aterradora faz.

—

El minero no cede. Voz del alma
Le grita sin cesar:
—«¡Adelante, adelante! ¡No vaciles!
¡Cava más!... ¡Cava más!

—

«Más hondo es el abismo de los cielos,
Y el astrónomo audaz
Soles sin fin descubre, esos diamantes
De la alta inmensidad.

—

«¡Avanza, y al sudor que te ennoblece
El hombre deberá
Bienes desconocidos en edades
Que ya no volverán!

—

«El hierro, que hoy estrecha las naciones
Con lazo fraternal,
Y el pensamiento y la palabra esparce
Por aire, tierra y mar;

«Y el sol, petrificado en negras masas
De rico mineral,
Que es fuerza, y alegría, y movimiento,
Aguardándole están.

—

«Inmóvil y sin forma, en rudos bloques
Duerme la catedral,
Y la dormida estátua al génio espera;
Él las despertará.

—

«Sensibles respondiendo á quien las pulse,
Un dia vibrarán
De los duros peñascos arrancadas
Las fibras de metal;

—

«Y de sus mismos átomos las tintas
El pintor sacará
Para vestir la espléndida hermosura
Que supo imaginar.

—

«Si en sus arcas encierra el viejo monte
La riqueza fatal,
Que la hidrópica sed de la avaricia
Nunca puede aplacar,

—

«Tambien guarda en sus senos olvidados
el óbolo, que en pan
Sabroso y abundante se convierte,
Cuando el amor lo dá.

—

«¡Oh del trabajo vigoroso atleta!

Lucha con fé tenaz;
Ni al ócio ni al temor la frente inclines;
¡Penetra más! ¡aún más!

—

«Ahondando, como tú, los pensadores,
Mineros del ideal,
Entre peligros y tinieblas buscan
Bien, belleza y verdad.

—

«El sol del porvenir asoladoras
Lides no alumbrará;
Ciencia y arte á la vez han iniciado
Las guerras de la paz.»

15 de Octubre de 1879.

DE
LA LEYENDA DE NOCHE-BUENA.

Abajo, nieve y sombra;
Arriba, luces mil;
Abajo, son las lágrimas;
Arriba, es el reir.
Abajo, un pobre yerto;
Arriba, hay un festin,
Y como Noche-Buena
No es noche de dormir.
No olvides, tú, que gozas
Y acaso eres feliz,

Que abajo hay quien te dice:
—¡Acuérdate de mí!

Como agua de la fuente
Que al rio va á morir,
Pasaron por la tierra
Los que difuntos ví.
Ancianos venerables,
Belleza juvenil,
Amigos, padres, todo,
Todo se olvida al fin.
Mas todos los que fueron
Nos vienen á decir
En esta santa noche:
—¡Acuérdate de mí!

Yo he visto en otros dias
Su voz gozosa unir
Los mozos y los viejos
Al júbilo infantil.
De aquellas voces, muchas
Ya nunca se han de oir;
Vacíos, ¡ay! ya cuenta
La mesa del festin.
Mas llénanlos fantasmas,
Que á cada vivo, así
Le van, sin voz, diciendo:
—¡Acuérdate de mí!

*
* *

Por la lluvia sorprendido
Así que cerró la noche,

Entré en la apartada choza
De unos humildes pastores.
Rugian los huracanes
Como furiosos leones,
Y los torrentes bajaban
Despeñados por los montes.
Más tarde, á la puerta dieron
Dos ó tres tímidos golpes.
—¿Quién llama?—Un pastor pregunta;
Y respondieron:—Un pobre.—
Ó yo soñaba despierto,
O mi ilusion figuróse
Ver un nimbo de luz suave
En la frente de aquel hombre.
Como los reyes la púrpura,
Él, de aspecto grave y noble,
Llevaba sobre los hombros
Un pellico hecho girones.
La fiebre temblar le hacia
Ó el frio con s s rigores,
Unidos á la miseria
Por darle tormento doble.
De aquellos dos campesinos,
A él llegándose el más jóven,
Con amor y con respeto
La helada mano tomóle,
Y le hizo sentarse encima
De un viejo tronco de roble.
Para que mejor sus fuerzas
Y su espíritu recobre,
Un vaso al mendigo ofrece

Y sirve de añejo aloque.
—Hermano (le dijo), beba,
Y el don mezquino perdone;
La voluntad es muy grande,
Los medios no corresponden.—
Despues de cuyas palabras,
Con otras, que no hay quien copie,
Porque es impotente el arte
Cuando hablan los corazones,
El suyo apenado abriendo
Así el mendigo explicóse:

—«En esta noche bendita
Para los pueblos cristianos,
Pidieron á mis hermanos,
Mi hambre pan, agua mi sed.
Llamé con gemidos y ayes,
Y no se abrieron las puertas,
O solamente almas muertas
Habia donde llamé.
Cristo las almas
Llenó de luz;
Mas ciegas algunas, con obras impías
La noche en que nace le ponen en cruz.»

—«Tres veces mi voz llorosa
Llegó á una opulenta dama,
Á quien altares la fama
Da por su buen corazon.
Ni un «perdone, hermano mio,»
Ya que la limosna niega,

Tuvo aquella mujer ciega
Y digna de compasion.
Cristo las almas
Llenó de luz;
Mas ciegas algunas, con obras impías
La noche en que nace le ponen en cruz.»

—«Un ministro de Dios era
Quien luego me halló á su paso,
Siguiendo sin hacer caso
De mi pena y orfandad.
Mal dije; aquel fariseo
Miróme como se mira
Un reptil que miedo inspira
Y repugnancia á la par.
Cristo las almas
Llenó de luz;
Mas ciegas algunas, con obras impías
La noche en que nace le ponen en cruz.»

—«Señor, Jesús ha nacido,
Y en esta noche sagrada
(Dije á un magnate) posada
No tengo donde dormir.
Dejadme con vuestros perros
Dormir siquiera esta noche.—
El magnate huyó en su coche,
Sin apiadarse de mí.
Cristo las almas
Llenó de luz;
Mas ciegas algunas, con obras impías
La noche en que nace le ponen en cruz.»

—«Ni mirada cariñosa,
Ni palabra de consuelo;
Sólo un niño, ángel del cielo,
Viéndome llorar, lloró.
Pero el hombre de librea
A cuyo cuidado estaba,
De su pena se burlaba
Y á un palacio le llevó.
Cristo las almas
Llenó de luz;
Mas ciegas algunas, con obras impías
La noche en que nace le ponen en cruz.»—

Así terminó el mendigo
La historia de su desgracia;
El jóven pastor, entónces,
Gritó:—¡Mal rayo les parta!—
Pero observando del huésped
La serena faz turbada
Desde el punto en que su lábio
Pronunció aquellas palabras,
Como al caer una piedra
Sobre lago que está en calma
Tambien se turba un instante
La superficie del agua,
A proferir ya no acierta
Más que estas frases cortadas:
—¿Por qué el Señor les da bienes?
¿Por qué cristianos se llaman,
Siempre con Dios en la boca
Pero jamás en el alma?

—Misterios son (dijo el pobre),
Que al hombre no se le alcanzan;
Mas puesto que así lo ordena
Inteligencia más alta,
Acatémosla en silencio,
Y en el que su ley quebranta
Nuestro amor vengue la herida
Que su crueldad nos causa.
Gentes sencillas y niños
Al Salvador escuchaban,
Cuando á redimir el mundo
Vino al mundo en carne humana;
Niños y gentes sencillas,
En la calle y la montaña,
Los únicos son que en esta
Noche memorable y santa,
Con vino mi sed templaron
Y mi tristeza con lágrimas.
Cristo está en cruz todavía;
Pero sabed que las ramas
Del árbol del sacrificio,
Florecientes y lozanas
Cobijarán algun dia
Todos los pueblos y razas,
Como una familia sola
Ya libre y regenerada.—
Calló el pobre, y aún los ecos
De su dulce voz vibraban
Como las últimas notas
De lira celeste ó arpa,
Cuando salió de la choza

Veloz cual brisa que pasa,
Dejándola de luz llena
Y de exquisita fragancia.

*
* *

Dos velas amarillas
El cuerpo alumbran de la jóven muerta;
A sus piés, de rodillas,
Pálida, inmóvil, yerta,
Como una estátua del dolor, la madre
Querella impía ú oracion murmura
Con sollozo sin tregua y frase oscura.
Y allí, felices ¡ay! en la ignorancia
De la edad infantil; desharrapados;
Ya la sonrisa en la entreabierta boca,
Que de vivir revela el ánsia loca,
Ya en los ojos pasmados
Pintada la expresion indefinible
De lo que viendo están y no comprenden
O juzgan imposible,
Dos pequeñuelos,
Alma del alma
De aquella que la suya dió á los cielos,
Tras un instante de silencio y calma
Los villancicos de la noche entonan,
Como el ave inocente
Suelta su alegre voz al aire vago,
Cuando en tierra y en mar se ve aún pre-
[sente
De la borrasca el espantoso estrago.

*
* *

Del lado allá de los mares,

En soledades profundas
Y entre bosques seculares
Hay plantaciones fecundas.
  Allí, no sin dulce llanto,
Negros el poeta ha visto
Celebrar con gozo santo
El nacimiento de Cristo.
  Y ha visto en la misma zona
Surgir tambien el fantasma
De una soberbia matrona
Cuya majestad le pasma,
  Que bajo el seno desnudo,
Con otros régios blasones
Barras luce en el escudo
Y castillos y leones.
  Pero amargo dolor siente,
Porque tan noble figura
Lleva una mancha en la frente
Con mengua de su hermosura.

* * *

¡Mano al sombrero!
¡Paso al que llega!
Bien lo merece:
Su historia es ésta.
Es un humilde
Cura de aldea:
Roto el manteo,
Rotas las medias,
Roto el calzado,
Roto el sombrero y la sotana lleva.

Los pobres llámanlo
Su providencia;
Con ellos goza,
Con ellos pena,
Y en sus dolores
Él los consuela.
Para vestirlos
Desnudo queda,
Y acaba, entre ellos,
De repartir su pan de Noche-Buena.

Por eso, viendo
La ropa vieja
Del cura anciano,
Dice la aldea
Que es cada roto
Ventana abierta
Por donde asoma,
No la miseria,
Sino de un alma
Grande y cristiana la inmortal belleza.

*
* *

Yo adivino en quién piensa esta noche
El que cruza el desierto del mar,
Ya la brisa murmure apacible,
Ya se mueva furioso huracan.
Mas no sé lo que dicen las olas,
Que vienen y van,
Al que pasa esta noche entre abismos,
Los abismos del cielo y del mar.
—¿Qué harán á estas horas

Los mios, qué harán?—
Esta noche medita
El que va por el mar.
Y las olas, y el cielo, y el aire,
Con voz desigual,
No diciéndole nada, le dicen
Tanto y tanto, que le hacen dudar
Si debe alegrarse,
Si debe llorar.

Yo adivino en quién piensa esta noche
El que tiene algo suyo en el mar,
Ya la brisa murmure apacible,
Ya se mueva furioso huracan.
Mas no sé lo que dicen las olas,
Que vienen y van,
Al que tiene un pedazo del alma
Caminando entre el cielo y el mar.
—¿Qué harán á estas horas
Los mios, qué harán?—
Interrógase en tierra
El que piensa en el mar.
Y las olas, y el cielo, y el aire,
Con voz desigual,
No diciéndole nada, le dicen
Tanto y tanto, que le hace temblar
Su horror á lo inmenso
Y oscuro del mar.

*
* *

Las campanas tocan,
La Leyenda acaba,

Y mi acènto es débil
Y la noche pasa.
Mas decirte ¡oh pueblo!
Quiero en pocas páginas,
Lo que en esta noche
Dicen las campanas.
Las campanas dicen,
Repicando claras,
Que á salvar el mundo
Vino un pastor de almas.
En el seno estéril
De la tierra ingrata
La semilla puso
Que necesitaba.
Como sed tenia,
Dióle en abundancia
Riego con su sangre
Y sus propias lágrimas.
Con espinas duras,
Que á la flor ahogaban,
Coronó su hermosa
Frente inmaculada;
Y en el sitio de ellas
Hizo que brotaran
Flores inmortales
De virtud extraña.
¡Oh misericordia,
Noble desterrada!
Desde aquel entónces,
Tú, con tus hermanas,
Todo lo embelleces,

Todo lo embalsamas.
El nivel divino
Con justicia iguala,
Chozas y palacios
Y diversas razas.
De humildad ejemplo,
Su cabeza baja
Y los piés del pobre
Jesucristo lava.
La mujer existe,
Y del hombre que ama
Es la compañera,
No la vil esclava.
Aunque todavía
Se oye crugir de armas,
Húndense castillos,
Húndense murallas.
Sobre el polvo suyo
Templos la paz labra
Donde sus conquistas
El progreso canta,
Y á los cuatro vientos
Incansable lanza
El poder sublime
De su gran palabra.
En la vida nueva
Toma asiento el pária,
Porque el Evangelio
Destruyó las castas.
El que atento escucha,

Siente las pisadas
De algo formidable
Que tenaz avanza,
  Cual rumor de trueno,
Como ruido de aguas
Cuando en la marea
De su cáuce saltan.
  Es que de los siglos
El reloj señala
El advenimiento
De la luz que falta.
  ¡Saludad, esclavos,
Saludad el alba
Que en el horizonte
De Belen rayaba,
Y en sereno dia
Va á ser trasformada!
  ¡Bendecid, obreros,
Con alegre *hossana,*
Lo que dice el himno
De las torres altas!
  Himno de consuelos,
Himno de esperanzas,
Himno para toda
La familia humana;
  Para el pordiosero,
Para los monarcas,
Para los que sufren,
Para el que trabaja.
  ¡Ay! mi voz se extingue,
Y á decir no alcanza

Lo que en esta noche
Dicen las campanas.

*
* *

Á ANTONIO LUIS CARRION.

Pasó la noche de mi Leyenda,
Pasó la Pascua de Navidad,
Y carpinteros ví trabajando
Junto á la entrada de una ciudad.
—Celebrar quieren algun suceso
(Me dije) digno de nuestra edad,
O un templo elevan á la Justicia,
Empresa noble, santa en verdad.—

Al otro dia, por aquel sitio,
Meditabundo, torné á pasar,
Y ví un tablado, y en él tres hombres,
Y al pié, de turbas inquieto mar.
Los hombres, todos eran cristianos:
Sentado el uno, me hizo temblar;
Un Crucifijo mostraba el otro,
Vistiendo negra ropa talar.

Como sombría nube que encierra
En sus entrañas rayo mortal,
Estaba inmóvil allí el tercero;
Cubrió mi frente sudor glacial.
Mirando entónces al Crucifijo,
Caer sus lágrimas ví de cristal,
Cual si en su pecho de piedra un alma
De íntima angustia diera señal.

Mayo de 1872.

EL PATIO DE LOS MICOS. (1)

DEL LIBRO
LOS ABANDONADOS.

I.

Víspera de la noche-aniversario
de aquella en que Jesús al mundo vino,
y en que todo vecino,
si no lo impide mal extraordinario
que de aprension ó miedo su alma siembre,
acostumbra salir de sus casillas
en aldeas, ciudades, córte y villas,
un veintitres, en suma, de Diciembre;
habiendo ya corrido
medio Madrid y contemplado absorto
de mil tiendas y mil, en tiempo corto,
el colosal y tentador surtido
de pavos, de besugos, de gallinas,

---

(1) El local destinado en la cárcel del Saladero á los niños y adolescentes, no es, en realidad, un patio, sino una gran buhardilla, que habitan á todas horas, excepto las dos de recreo, en que se les permite bajar al verdadero patio; pero siendo general la costumbre de dar el título que encabeza el presente trabajo al departamento que aquellos ocupan, bien porque se confunda un sitio con otro, bien porque el patio haya servido tiempos atrás de encierro á presos de menor edad, he creido conveniente conservar al referido departamento el nombre con que lo designa el público: *El patio de los micos*.

N. del A.

mazapan y otras varias golosinas
—invenciones, algunas, no infelices,
dignas de ser cantadas por un vate;—
mirando de Lhardy el escaparate,
un muchachuelo, un niño, echó raíces
en la desnuda losa
donde los yertos piés descalzo posa;
pues inmóvil, y mudo, y casi lelo
permaneció gran rato el muchachuelo,
á quien he de pintar sencillamente
ante el enorme llamativo fiambre,
diciendo solamente
que una estátua viviente
á mí y á muchos pareció del hambre.
  Si en sus adentros el rapaz sufria
con tal contemplacion ó si gozaba,
¿quién, sino él mismo, asegurar podria?
Alguna vez caia
de sus ojos, rodando,
una lágrima fria;
alguna, sonreia;
pero jamás dejando
disipada la duda con certeza,
pues en sonrisa, como en llanto, siempre
observábase un fondo de tristeza.
  Acaso la fugaz alternativa
de placer y dolor, que en el espejo
de su rostro se advierte, era reflejo
y débil perspectiva
de esas luchas civiles
que mantiene en las almas infantiles

cuando áun no las alumbra la conciencia,
el deseo tenaz con la impotencia.
¡Querer, y no poder! esto es la vida
de la cuna al sepulcro resumida;
así fué, no será de otra manera...
diga el orgullo humano lo que quiera.
Acaso Baltasar,—nombre del chico—
ante el repuesto deleitable y rico
de la fonda, extasiado,
al reirse celebraba, mentalmente,
con plena libertad, sin ceremonia
que su apetito enfrene desbocado,
un festin como el otro que en Oriente,
á su homónimo el rey de Babilonia
le costó vida y trono juntamente;
cayendo de los Persas en las manos,
en la revuelta orgía confundidos
como zorros de súbito cogidos
por la astucia de rústicos villanos,
y sufriendo de Ciro los azotes,
sátrapas, concubinas, sacerdotes,
la flor de la nacion, de podre llenas
todas las almas ya, como las venas;
que eran, sin fé, sin Dios y sin decoro,
cadáveres, no más, con mantos de oro.
Acaso, en fin, cuando deshecha en humo
la risueña ventura imaginada,
desde el alcázar sumo
del cielo, adonde fué su mente alzada,
al mundo real de golpe descendia,
y su miseria y orfandad veia,

siquiera los enojos
en lo íntimo del pecho sepultase,
acaso entónces tímida brotase
la lágrima que vimos en sus ojos.
Y comparando, en pos, su desventura
con la estrella feliz de otros mortales,
á quienes asegura
el rey de los metales
todo lo que hay detrás de los cristales;
no la conciencia, que aún en él dormia
y ni confusamente discernia
el mal del bien, ni la virtud del vicio,
sino el instinto natural, despierto,
que en hombres y animales suple al juicio
en muchas ocasiones,
le inspiraria sérias reflexiones.
—«¿A qué vine yo al mundo?—(esta
[pregunta
se haria, *verbi gratia,* la primera
rascando pensativo su mollera,
por si, rascada, la respuesta apunta.)
Pido pan, y mi padre, enarbolando
su horrible tirapié de zapatero,
sobre mis carnes lo señala entero,
y es el castigo que sufrí más blando;
porque si está bebido
y la limosna que pedí escasea,
me arrastra por el suelo, me patea,
y en un rincon me deja sin sentido.
Si lloro porque el frio hasta los huesos
me penetra punzante como espada,

responde que mis quejas son monada
nacida de su mimo á los excesos;
¡cuando nunca en mi frente sentí, helada,
dulce calor de cariñosos besos!
Mal comer, mucho palo, poca escuela,
pues dice que es gastar el tiempo en balde,
y por más que nos duela,
no he de ser yo canónigo ni alcalde.
«¡Galopin, á remar, que no hay harina,
y donde harina no hay todo es mohina!»
Gritarme suele así, no bien despierta;
y haga frio, calor, y cuando llueve
me pone de patitas en la puerta.
¡Cuántas noches la nieve,
(miéntras en una esquina acurrucado
yo dormia arrecido y fatigado
de mendigar, en lágrimas deshecho,
sin que encontrase corazon amigo)
cubríame la frente y flaco pecho,
como ahora, como siempre, sin abrigo!»

II.

Sobre estas y otras varias, una idea,
más tenaz, en su espíritu flotaba,
y el único remedio le marcaba
del hambre que le acosa y le marea;
y es el hambre acreedor de tal ralea,
que á la virtud, por ella sorprendida,
pide la honra ó la vida,
así como en el monte el bandolero
sale á pedir la vida ó el dinero.
Robó.

Esta vez, no en vano
tendido habia Baltasar la mano;
mas en aquel instante otra de hierro,
cual si le hubiese atarazado un perro,
á la imperiosa voz de: —¡Suelta, pillo! —
el hurtado bolsillo,
hasta la boca lleno de oro y plata,
para dárselo al dueño, le arrebata.
Y aquí de los furores
de ancianos, mozalvetes y doncellas,
y del chico harapiento los clamores;
porque ponia el grito en las estrellas.
—¡Perdon! No volveré! (sobrecogido
clamaba de terror.) ¡Yo no soy malo!
¡Tengo hambre! ¡No he comido!
—¡Si esperará un regalo
por premio de su hazaña ese granuja,
en lugar de un castigo que le cruja!
—¡Y que se empeñe en suprimir el palo
en España el filántropo utopista,
con tan buenos ejemplos á la vista!
—¡Despunta!
—¡Pronto empieza!
—De la propia madera, de que es brote,
se forman los que surten al garrote.
—¡Necesita Madrid tanta limpieza!—
Así se desahogaban los curiosos
de la vindicta pública celosos.

—

Explicarse no sabe el delincuente
el furor de la turba amotinada,

entre la cual, muy cerca, vió espantada
de algun niño la frente,
como há poco la suya, inmaculada.
Y en confusion más grande esto le pone,
y á convertir su palidez comienza
en el rojo color de la vergüenza:
no ve quien le defienda ni perdone.
En la inocencia de su edad temprana,
que siempre le traia
para cada dolor una alegría
en la cosa más fútil, más liviana,
velándole lo incierto del mañana,
no sospechó que un dia
pudiera entre los hombres ser delito
de la miseria obedecer al grito;
que él, un niño, una débil criatura,
tendria que sufrir por varios modos
el insulto y la cólera de todos,
y de la ley, en pos, la mano dura.

—

Yo no sé, mas supongo que el muchacho,
como otros en delito igual incursos,
haria indiferente ó con empacho
estos mismos ó análogos discursos.
Consta, empero, que, gachas las orejas,
no bien hubo entendido su alma herida
que toda oposicion era perdida,
¡todo! voces, y súplicas, y quejas,
volvió á la sorda multitud la espalda
vertiendo lloro que la faz le escalda,
y seguido del rudo vigilante

Por la Puerta del Sol echó adelante.
Pero es la compasion tan santa cosa,
que, aunque abomina la maldad del hecho,
mirando á Baltasar, en más de un pecho
hizo latir la entraña generosa.

—

En medio de su pena y de aquel llanto,
sin consuelo que un punto los mitigue
y con temor de nuevo desencanto,
pregunta Baltasar al que le sigue:
—¿Dónde vamos, señor?
—Donde otros chicos;
¡no tiembles, buena alhaja!
—¡Tengo miedo!
—Alegrarse.
—¡No puedo!
¿Dónde vamos?...
—Al *Patio de los micos.*—

—

Y ved lo que es la infancia,
con el candor unida y la ignorancia:
la concisa respuesta del agente,
que el muchacho interpreta
á su capricho y su favor, le aquieta
y su espíritu anima de repente.
¡El *Patio de los micos!* bien decia
él para sí, al mirarse maltratado,
que pecado no habia,
ó que era venial aquel pecado,
y que, de mil, los mil lo cometieran,
si en la apurada situacion se vieran

del triste abandonado
que ve romperse su vital estambre;
no es otra, no, la lógica del hambre.
Pecó, le castigaron con el susto
de... no sabe qué frases y amenazas;
mas ahora, segun trazas,
desquite en proporcion tendrá su gusto.
El Patio que imagina
es, sin duda, una sala, un teatrillo
donde, al mágico són de un organillo,
para la infancia música divina,
ágiles y velludos cuadrumanos,
de esos que á Tetuan prestan renombre
y parecen del hombre
—de ciertos hombres—primos, sino herma-
[nos,
adornados de rojas vestiduras
harán monadas mil y travesuras,
como el cañon, el muerto, el centinela,
el volatin, bailar la tarantela,
presentando, por si hay quien les socorra,
á la limosna la tendida gorra.
Su relato mañana, ¿á quién fastidia?
Con las bocas abiertas
otros chicos oirán sus glorias ciertas
y de seguro rabiarán de envidia.
¡Oh, qué feliz va á ser con tantos goces
como aturdido en su cerebro fragua,
brillando y sucediéndose veloces!...
Sólo una idea sus placeres agua;
el pensar en su padre.

Le está viendo.
De furor y embriaguez, en él constantes,
lanzan rayos los ojos centellantes,
surcándole, al brotar, el rostro horrendo,
que á veces cubre, al aire sacudida,
cabellera profusa
ante el miedo en serpientes convertida;
nunca fué más temida
la espantosa cabeza de Medusa.
Viéndole está, que, armado como suele,
de su casucho en lo interior se planta;
y de tal modo el tirapié le espanta,
que el no sufrido golpe ya le duele.

III.

Llegando, pues, al sitio que le espera,
Baltasarillo sube la escalera,
con luz apénas y en silencio extraño,
que infunde algun pavor en ciertos chicos:
¡ay! al pisar el último peldaño
—¡Adios los sueños en promesas ricos!—
le salió á recibir el desengaño
para llevarle al *Patio de los micos*,
prision de los pequeños criminales
y pantano tambien, donde perdieron,
por culpas que á su edad no comprendieron,
otros muchos sus almas virginales.
Buardillon sofocante en el estío
que al aire priva de elementos puros,
y páramo glacial cuando sus muros
azota el Norte en el rigor del frio;

cubriendo en fila los ladrillos duros
donde se ha de tender cada culpable
uno y otro petate miserable,
es decir, leve manta, pobre estera,
jergon que por lo cómodo no brilla
y una almohada ruin por cabecera;
sin más orquesta, animacion y gozo
que el grito de la horrible pesadilla
del que se juzga en negro calabozo
amenazado por atroz cuchilla,
ó sin remedio ahogándose en un pozo;
la tos de otros, eterna,
que parece salir de una caverna...
¡Ved la funcion, el teatro placentero,
la música, las gracias, el donaire,
que soñaba marchando al Saladero
el culpable rapaz!
¡Ay! cayó entero
el castillo que alzabas en el aire.
Y ahora febril, y tiritando, y ronco,
ni voz te queda para odiar tu suerte;
como arbolillo que tronchó la muerte
caerá en la estera tu cansado tronco.

¿Qué soñó Baltasar? No es un secreto:
en el centro de un grupo, al otro dia
preguntado, decírselo queria,
de la atencion de todos vivo objeto.
¿Alguna bruja ó infernal arpía,
al ágrio són de pitos y chicharras,

que el aquelarre alegra,
de acero le clavó sus corvas garras?
¿Qué vampiro chupó su sange negra?
¿Por escarpados montes, de algun toro
que el cielo estremeció con su mugido
cada vez más sonoro,
áspero y desacorde,
fué acaso perseguido,
hasta hacerle, por fin, tocar el borde
de un abismo insondable que le llama
y al destrozado cuerpo le da cama?
¿Soñó con rostros lívidos de muertos,
ó fúnebres fantasmas que le besan,
y de mirarle inmóviles no cesan
llenándole de horror sus ojos yertos?
Al contrario: ya á pié, ya conducidos
en voladores muelles carruajes
pasaban niños de su edad, vestidos,
unos, con nuevos trajes
de paño suave ó rico terciopelo,
como la moda al poderoso manda,
y de brillante seda al pecho banda,
los cuales, embebido, el rapazuelo
contemplaba como ángeles del cielo;
cubiertos otros de caliente abrigo
que al rigor enemigo
del aire ser pudiera firme escudo,
miró arrimado á la pared, desnudo;
muchos, en fin, asidos de las manos
de la madre y del padre iban ufanos,
á la fé ó la costumbre todos fieles,

cargados de tambores y rabeles,
medicina que calma sus antojos;
mientras él, más inerte que una roca,
con la yema de un dedo el lábio toca
y desmedidamente abre los ojos,
como el que, vacilante,
no sabe si envidiar la dicha agena,
ó con sereno y plácido semblante
proseguir arrastrando la cadena;
á que su desventura le condena;
y si él no dijo en sus discursos esto,
asegurar no fuera temerario
que del público aquél, menudo y vário,
no pocos lo darian por supuesto;
entre ellos hay quien de la vida sabe
cuanto en edad mayor saberse cabe.

Lo que sí recordaba con ternura
propia de un noble corazon sencillo
el buen Baltasarillo,
y á más con gratitud que en él áun dura,
es que la voz llamándole argentina
de algunos de los niños que pasaban,
vestido por manera peregrina
en lugar de sus míseros andrajos,
su orfandad comprendiendo y sus trabajos
á soberbias mansiones lo llevaban.

Y allí ¡qué maravillas
de lujo y abundancia le seducen!
Candelabros magníficos, que lucen;
prodigios del pincel; doradas sillas;
de Venecia purísimos cristales

que de lámparas cien quiebran el rayo,
y espejos son de damas principales
con la hermosura y juventud de Mayo;
primorosos tibores
donde el Asia opulenta
industria y gusto delicado ostenta
en arabescos, pájaros y flores;
sendos aparadores,
y en largas mesas variedad de vinos;
pescados peregrinos,
cuyas alas y colas
les supieron abrir fáciles rutas
cortando por sí solas
del Cantábrico mar las recias olas;
pirámides de dulces y de frutas,
y, lo que eleva mas á un cocinero
y eclipsaba, en el fondo, toda pieza;
la incitante cabeza,
en fin, de un javalí cerdoso y fiero.

Doblando sus bondades y cariños,
sin humillarle con orgullos vanos,
á Baltasar decíanle los niños:
—No llores, todos somos tus hermanos.
Si en los hombres se agota
la caridad, en nuestros pechos brota
y su virtud hará que ánimo cobres;
¿te agrada lo que ves?... te lo daremos,
que aunque sordos á veces parecemos
á la voz de los niños y los pobres,

compadecer y amar sólo sabemos.
Y si alguien de unos y otros nos aleja
cuando ufanos seguimos nuestra vía,
nuestro inocente corazon se queja
y en secreto nos dice que les deja
lo que hay más santo en él: la simpatía.

Así en su jerga, pintoresco idioma
que del barrio natal palabras toma
y el de Castilla con fervor desgarra,
á su auditorio Baltasar, sin ceño
que revele terrores de un mal sueño,
el de la noche antecedente narra.
Compitiendo con él en inocencia,
atentos le escucharon los más chicos;
al paso que en edad y en experiencia
del mundo y del vivir, otros, más ricos,
pensaban ilustrarlo con la ciencia
que se aprende en el *Patio de los micos.*
Para darle instrucciones y consejos
pronto observó, mirándole tenaces,
sin casi pestañear, ciertos rapaces
que pudieran llamarse niños viejos,
marchitas y arrugadas ya las frentes,
los ojos apagados, moribundos
en sus cárdenos huecos y profundos,
como si hubieran causas diferentes
de la vida estancado las corrientes;
y en voz, y en ademanes,
y en el mirar, tambien, á un tiempo mismo,
á veces el cinismo

crapuloso y bestial de los rufianes.
El lupanar inmundo y la taberna;
el doméstico albergue tenebroso,
más que humana mansion, negra caverna
de que huyen el contento y el reposo;
la pública palestra al ejercicio
que en el puñal y el robo hace maestros,
obteniendo, en aplausos, los más diestros
patentes de aptitud para el oficio,
son algunos de tantos cenagales
donde asfixiada la niñez vegeta:
al vicio original, despues, sujeta,
poblará los presidios y hospitales.

IV.

¿Qué fué de Baltasar?... Ya libre, el [padre
recibiólo en su casa á latigazos:
la madre—¡madre al fin!—como una madre,
en el dulce refugio de sus brazos.
Mas en su corazon siente una espina;
ya es otro el Baltasar que besa loca;
es ciega, pero ve, no se equivoca,
su maternal instinto lo adivina.
En la atmósfera impura
del Patio horrible, que al infierno igualas,
de lodo manchó el ángel su blancura,
y vuelve al dulce nido, á la ternura
de tu regazo fiel, rotas las alas.

¡Oh Justicia! Tus manos vengadoras
arrojen una vez la espada ciega;
los niños son auroras,
temprana claridad de un sol que llega,
llenando de consuelos y alegría
hoy los hogares, la nacion un dia.
Espántales tu faz como tu espada:
¡qué laurel más sagrado, qué victoria,
si como eres temida, la alta gloria
consiguieras, al par, de ser amada!
Buena será la ley, mas no sublime,
si á la vez que castiga, no redime.
Aparta, sí, la nube que los ojos
y el difícil camino les asombra
de abismos lleno y ásperos abrojos;
prueben tu compasion, no los enojos
que sepultan sus almas en la sombra,
donde el ódio florece y la venganza,
y la piedad, con vista penetrante,
descubre siempre la inscripcion del Dante:
«*Perded, los que aquí entrais, toda espe-*
[*ranza.*»

¡Horrible sacrificio
á un caduco ideal hecho pavesas!
De las garras del vicio
forzoso es arrancar todas las presas.
Que el sentimiento de la envidia, bajo,
y del dolor las hondas amarguras,
herencia de estas pobres criaturas,
en el crisol se fundan del trabajo;
y con carácter nuevo y noble sello

para el bien educadas las pasiones,
perfume los desiertos corazones
el amor á lo justo y á lo bello.
Estas almas, cautivas
en limpios cáuces por la ley abiertos,
despues fecundarán, corrientes vivas,
gérmenes olvidados, nunca muertos,
que nuestra amada tierra
para glorioso porvenir encierra.
Que al tornar á sus lóbregos hogares,
teatro del castigo y cruel reproche,
parezca, entre sonrisas y cantares,
que una luz celestial entra en la noche.

Marzo 10 de 1876.

PERCANCES DE LA VIDA.

(ÉGLOGA PISCATORIA URBANA.)

A VICENTE CUENCA LUCHERINI

(Del Libro de las Sátiras.)

Al márgen de un arroyo, que encamina
Su lánguida corriente ex-cristalina
Entre un cañaveral medio podrido
Por la raíz al cieno mal prendido,
Sentóse cierto dia á pescar ranas
Pinini con Juan Lanas,

Invíctos pescadores;
Y tan bravos cantores,
Que se exponen á ser, si los atisban,
Cual génios soberanos
Ajustados un dia en *Jovellanos.*
  Pinini es gran figura,
Pues mide siete piés desde los suyos
Hasta el remate de la cholla dura,
Y no tiene más sal, ni gallardía,
El pendon de cualquiera cofradía.
Su voz, es voz de bajo;
El toro más indómito y marrajo
Mejor no brama que él; cuando suspira,
Ya parece que ronca,
Ya que cuece un caldero en sus pulmones,
Ó que éstos, nidos son de moscardones:
No iguala, en fin la voz de su garganta
El *ruiseñor* que en las pocilgas canta.
  Rival del que os alabo,
Famoso del un cabo al otro cabo
Del tímido arroyuelo,
Que retrata su cara de mochuelo
Y su porte gentil, que llena el ojo,
Porque es achaparrado, y tuerto, y cojo,
Lanas—Juan—modestísima persona,
De cierta gracia con razon blasona.
Ladra como los perros, y no hay otro
Que el relincho del potro
Y el maternal de las salvajes yeguas
Imite mejor que él, ni con cien leguas;
Grazna como los patos;

Maya como los gatos;
Chirría como el grillo;
Sabe tambien hacer el organillo;
Y por fin y remate, caballeros,
Se luce en los *Espárragos trigueros*
Que oyó en el *Instituto* cuatro veces,
Aflojando el producto de unos peces.
¡Ay de más de un tenor!... Su dicha vuela
Si este *génio* se lanza á la Zarzuela.
Acurrucado entre ellos Caniyitas
A modo de conejo,
Hombre de edad, maduro en el consejo,
Archivo de sentencias infinitas,
Para églogas, en fin, cortado viejo;
Cuando cuenta cada uno
Su historia respectiva, el varon santo
Suelta sin escupir, terciando grave,
Un chaparron de máximas al canto:
Los dos no siempre quedan convencidos
De su filosofía en cuanto al fondo;
Pero, ¿lo dijo Blas?... punto redondo;
Le aplauden, como aplauden en el teatro
A muchos Caniyitas más de cuatro.
En la márgen opuesta,
A tiro de ballesta,
Tendidos sobre piedras y zarzales,
Mantillas y pañales,
De párvulos mamones;
Sábanas, calzoncillos y camisas
con manchas, y remiendos y girones,
Enaguas y otras p endas *de profundis*

Llenas de *mapa-mundis,*
Eran decoraciones
De tan bello escenario,
Y forman un conjunto alegre y vário,
Que acaso envidiaria
Más de un teatro hoy dia.
A nuestros dos cantores forman coro,
Al són de la paleta
Que azota á la banqueta,
Y al restregar la percudida ropa,
Las gargantas cerriles
De cinco lavanderas varoniles;
Coro tan arreglado
Que cada voz emigra por su lado,
Lo mismo que en el *Real.* ¡Qué paso llevan,
Oyéndolo las ranas,
Hácia donde las ceban
Pinini y el dulcísimo Juan Lanas!
Callaron un momento
Las que los trapos lavan;
Y viendo que callaban,
Así su voz al viento
Soltó Pinini, lamentando mústio
La suerte mal cocida
—Otro dijera cruda—
Que persigue su vida;
Y así tambien, miéntras el sol se esconde,
Juan Lanas le responde,
Terciando, como siempre, Caniyitas,
Archivo de sentencias infinitas.

PININI.

¡Cuál la suerte se ensaña,
Carísimo consorte,
En quien tan sólo cuenta
En el mar de la córte
Con su modesta caña
Y con su pobre anzuelo,
Aunque virtud y ciencia deba al cielo
Que suplan á gusanos y lombrices,
Para engañar la especie bullidora
Que debajo del agua vive y mora!

JUAN LANAS.

Dígalo yo, que un dia
Cuando favor tenia,
A mi anzuelo se vino
Sin dar yo un sólo paso,
Y me hizo abandonar mi barbería,
Como pez un destino
De sueldo nada escaso,
Que codiciando estaban más de ochenta,
Gente, *otro sí,* de mérito y de cuenta.

CANIY TAS.

Los destinos son aves,
El favor es un fruto que les gusta,
Y el mérito espantajo
Que esas aves asusta.

PININI.

Yo, en la mano el sombrero,

¡Oh insigne amigo mio!
Pasé papando frio
Casi un invierno entero
En escaleras, calles y antesalas,
Por pescar una plaza de portero;
Y cuando ya creia
Que la pieza al anzuelo se venia
Y me era favorable la fortuna,
Pesqué... una tos perruna,
Que llegó á convertirse en pulmonía!
Me levanté en Agosto,
Cuando se asa la gente
Y alegre canta el grillo;
Y otra vez, pretendiente,
Corrí detras de nuevo destinillo...
¡Y pesqué un tabardillo!

JUAN LANAS.

Yo, con el cebo de mi sueldo, ufano,
Pesqué al punto una novia
Natural de Segovia,
Rica, rubia, de busto soberano,
Y le ofrecí mi mano,
Que enseguida aceptó con placer mucho;
Como soy hombre ducho
Le gusté de los piés á la cabeza,
Y eso que no es muy grande mi belleza.

CANIYITAS.

El hombre que pan tiene
A la mujer conviene,

Aunque á más de bolonio,
Y de mala ralea,
Y largo bribon, sea
Feo como el mismísimo demonio.
Nobleza y hermosura,
Y virtud espartana,
Son cosas muy laudables; sin embargo,
Hacen el caldo del puchero amargo,
Y por ellas no fian ni cominos
En ningun almacen de ultramarinos.

PININI.

Acosado una vez de la gazuza,
Que en mí ya se hizo eterna,
Zambullíme cual rana en la taberna
Y bodegon antiguo *de la Manca*,
Sin llevar una blanca,
Pensando en escurrirme
A manera de anguila,
Despues de prevenirme
Contra el hambre que el cuerpo me aniquila;
Porque, dígase al fin lo que se quiera,
No tiene el hambre espera.
Pesqué primero un plato
De conejo—áun sospecho que fué gato;—
Luégo, con gesto grave,
Apuré dos copitas de lo tinto
De Cariñena ó Pinto,
Que á mi sed indecible supo suave;
Y por tanto, no apuesto
A si el líquido estaba ó no compuesto

De gato muerto, y cobre, y áun ¡quién sabe!
Luégo quise aceitunas sevillanas,
Y eran tales mis ganas
Que ni huesos dejé, las comí enteras,
Y eso que estaban todas *zapateras,*
Pues la cuen a me eché que se echa el po-
[bre:
Más vale reventar, que no que sobre.
Por último, resuelvo
Atracarme de callos,
Que bien pudieran ser—yo no lo juro—
Pellejos de borricos y caballos.
Viendo yo que *la Manca* parecia
Detras del mostrador echando un su ño,
Abandono la mesa
Y, sin más, me despido á la francesa.
La Manca no dormia;
Llama, viene un señor de policía,
Y, aunque éste mi aire ve de caballero,
Me pesca y me conduce al Saladero,
Uniéndosele dos municipales...
Y todo por... ¡por míseros seis reales!
Dios quiere que, en mi oficio desdichado,
Siempre, en vez de pescar, yo sea pescado.

JUAN LANAS.

A mí en bailes, banquetes y conciertos
Me recibieron cuando en boga estuve,
Con los brazos abiertos;
Y mis faltas y enormes desaciertos,
Que yo mismo no abono,

Decian que eran *rasgos de buen tono*
  Fióme un prestamista;
Muebles me adelantó un almacenista,
Sin temer un desastre;
Me empeñé con el sastre;
El dueño de un café, conmigo franco,
Me abrió una cuenta larga
Que hoy no puedo saldar con este oficio;
Pero prometo hacerlo el dia del Juicio,
Cuando pague diez pares
De magníficas botas,
Y dos docenas de camisas rotas,
Cada cual con más ojos que una criba
Y remendada ya de abajo arriba.
  Con esta *vita bona*,
Sirviéndome el destino de hipoteca,
Dicen que mi persona
Antes flaca y enteca
Era entónces un rollo de manteca.

CANIYITAS.

  ¡Ay del hombre pacato y encogido,
De conciencia de mandria!
Vivirá, como mísera calandria,
Olvidado ó por nada perseguido.
  ¡Feliz el que halla modo
De llamarse bribon ó petardista!
Para él su país todo
Es tierra de conquista,
Que corre audaz y bravo;
Engorda como un pavo

Que se ceba al venir la Noche-buena;
No conoce una pena,
Ni teme, ni se apura;
Y cuanto más engaña,
Y cuanto más araña,
En lugar de perder en estatura
Tanto más en el mundo crece y priva:
No, no es esta cuestion de perspectiva.

PININI.

Un dia, fastidiado,
Sin amorosa gula,
Declaré mi pasion á doña Tula
Mi porvenir creyendo asegurado;
Porque se me decia
Que en Móstoles tenia
Un molino de aceite,
Dos casas en Beceite,
Viñas en Peñaranda
Y tierras en Arganda;
Todas estas haciendas sin más censo
Que histéricos y crónicos catarros,
La faz llena de barros,
Lombrices que la comen,
Una tumefaccion en el abdómen,
Y acaso algunas otras frioleras,
Con cincuenta, mas cinco primaveras.
Fuímos á San Ginés, nos echó el cura
La bendicion nupcial; vi el cielo abierto,
Y hubo en la boda arroz y gallo muerto.
A fines de un trimestre,

Saliendo á recorrerlas de la córte,
¡Ay! vi que las haciendas consabidas
Las tenia, en efecto, mi consorte;
Las tenia... ¡perdidas!
Porque ántes de mi ansiado matrimonio
Ganádolas habia con un pleito
Un tal don Celedonio,
Sin que dejase para mí otra cosa
Que mi esposa... ¡y qué esposa!
—¡Sea todo por Dios! ¡Buena la hicimos!
(Exclamé); ¡no echo pelo! —
Para darme consuelo,
Acosábame Tula con sus mimos,
Que me ponian malo
Cual si me sacudiese con un palo;
Y aunque ella horrible y vieja,
Y yo enclenque y rabioso,
En seis años, no más, al mundo *dimos*
Tres hembras, ¡ay de mí! que al mes perdi-
[mos;
Sin que el cielo mis súplicas escuche,
Muriéronse las tres de coqueluche.
Siguióles Tula pronto,
Y yo quedé tan aturdido y tonto,
Que á lo mejor faltábame el cacúmen...
Tal de mi negra historia es el resúmen.

JUAN LANAS.

Por mí la de Segovia
Con gusto deja los paternos lares;
Y llevándola al pié de los altares

De la córte de España,
Con dos ó tres amigos
Que de mi fausta union fueron testigos,
Comencé de casado la campaña.
  Al principio gran lujo,
Teatro, mucho coche,
Por el Prado y Atocha mucho pío,
Y mucho corriqueo dia y noche.
Viendo tanto derroche,
Yo anunciaba á mi esposa un fin nefasto,
Y ella solia responder con brío:
—El dote, ¿es tuyo ó mio?...
A nadie debe nada lo que gasto.—
  Un amigo, constante en protegerme,
Prometió á mi mujer pronto ascenderme
Tocando sin demora
Yo no sé qué resorte ó qué registro:
Como sus intenciones eran sanas
Y verdadero su interés: «Juan Lanas,
—Me dije—de ésta cátate ministro;
¿Por qué tú has de ser menos, voto á cuan-
[tos,
Que tantos, y que tantos, y que tantos?»
  En esto hubo una crísis horrorosa
En las altas regiones,
Que á muchos empleados causó fiebre,
Y á mí me arrebató mis ilusiones;
Mi protector emigra como liebre,
Muere de sofocones,
Y yo de real órden... ¡Al instante
Me dejaron cesante!

Al saber mis reveses,
Furibundos me acosan los *ingleses:*
Mi amada compañera,
A la par que el metálico sonante
Derritiéndoseme iba como cera,
Mostrábase más fiera;
Y fingiendo una vez terribles celos
Cuatro puñados me arrancó de pelos.
Amagándome espaldas y cogote,
A cada paso me gritaba: «Tuno,
Holgazan, burro, borrachon, ingrato;
¿Qué has hecho de mi dote?
¿Qué has hecho, dí?... Respóndeme ó te [mato
¡Ay!—despues añadia
Con trágicos sollozos
Y gesto y voz de arpía;—
¡Ay de mí, que, inexperta,
Cándida criatura,
Creí tu pasion pura
Y las protestas de tu amor, mentidas,
Cuando te las dictaban solamente
De esta niña inocente
Las diez y seis talegas ya perdidas!»
Pero áun no concluí, por mi desgracia;
Oigan ustedes el tremendo ultraje:
Pretextando una carta de mi suegra
Y á Segovia un viaje,
¡Pif!.... de golpe y porrazo
Traidora huyóse á Francia
Con un picaronazo

Teniente ó capitan de cazadores,
Que en situacion estaba de reemplazo.
Ya cerca de diez años han caido
Y nada de la prófuga he sabido;
Desde entónces acá vivo muriendo:
¡*Salid sin duelo, lágrimas, corriendo*!

CANIYITAS.

El que busque dinero
Al buscar su futura,
No juventud, modestia ni hermosura,
Vea y toque primero
Con ojos y con manos
De los maravedises la existencia,
Ó tema el caso que á Pinini apura:
Quien se fia en *se dice, se asegura*,
Quedar suele á la luna de Valencia.
La fortuna es veleta giratoria,
Que si á un lado se mueve
Anuncia dicha y gloria;
Si á otro, plagas mil el cielo llueve.
La verdad de un adagio muy sabido
Que damos al olvido,
Juan Lanas con su ejemplo nos enseña:
¡Ay! *del árbol caido*
Todo el mundo hace leña.

—

En esto el sol, enternecido acaso,
Por no escuchar más lástimas, sepulta
Su disco en el ocaso:

En éxtasis las ranas
Que la ova espesa oculta,
Oyendo los percances de Juan Lanas,
De Pinini las cuitas
Y el raudal del saber de Caniyitas,
Que les chocaba un poco por lo nuevo,
Habian olvidado caña y cebo;
De modo y de manera
Que en una tarde entera
Y un buen rato de luna,
No fué pescada..... ¡ni una!
  Maldiciendo los hados enemigos,
Entrambos pescadores
Los chismes recogieron;
Y atravesando trigos
Del nocturno fanal á los fulgores,
Su regreso emprendieron
Á Madrid, donde tieñen la huronera;
La gorra atrás echada,
La capa casi, casi derribada,
Los ojos dormilones,
Saliendo las palabras á empujones,
Dando con Caniyitas mil *traspieses*
Y haciendo muchas eses;
Porque de una panzuda, enorme bota,
Con ribetes y honores de pellejo,
Amiga inseparable del buen viejo
Cuya sangre alborota,
De tal suerte chuparon,
Que en la marcha apuraron
Hasta la última gota.

El viejo, en tanto, repetido habia:
—«*Qué tragos en la mísera existencia*
Se pasan!» Y «¡*Qué tiempos tan aciagos!*»
—«¡*Cómo ha de ser!* (Pinini respondia,
Con Juan Lanas conforme.) *Vengan tragos,*
Pues lo dispone así la Providencia;
¡*Todos los pasarémos con paciencia!*»

1860.

NOTAS.

Al Ingenioso hidalgo D. Quijote de la la Mancha.—Composicion leida por mí en el magnífico Salon de Sesiones del Senado, la noche del 23 de Abril de 1869, para celebrar el aniversario de la muerte de Cervantes.

El Tributo de sangre.—Las reformas hechas en el Ejército desde que por primera vez se publicó este *Eco* hasta el dia, han mejorado mucho la situacion del soldado. Sin embargo, á las madres—y en esta poesía es una madre la que habla—siempre les será dolorosisíma la separacion de sus hijos, sobre todo para el servicio militar forzoso.

Historia de una guitarra.—La noticia de las desgracias sufridas por algunas de nuestras provincias de Levante, á consecuencia de terribles inundaciones, despertó, no sólo en España, si no en todo el mundo, un movimiento de generosa simpatía en favor de aquellas desventuradas comarcas. Particularmente Francia, á quien se alude en la poesía, dió muestras incomparables de una caridad que nunca agradeceremos bastante, y que contribuirá eficazmente á que desaparezcan los antíguos ódios que separaban estos dos pueblos hermanos.

El Otoño.—Pertenece, con otras varias, á la obra que, bajo el título de *Magna-Mater,* dispongo para darla á la estampa. Siendo el poema de la Naturaleza trabajo superior al humano ingenio, claro es que todos los que tiendan á interpretarla en cualquiera de sus aspectos y momentos, no será—digámoslo así—más que una *estrofa* de un poema imposible.

La Leyenda de Noche-Buena.—El célebre escritor aleman D. Juan Fastenrath acaba de publicar en Leipzic una elegante edicion de esta obra, traducida por él á su idioma, obligando nuevamente mi gratitud, que ya era profunda, por haber dado á conocer en la pátria de Goethe y de Schiller mis modestos trabajos, mediante la version de muchos de ellos, y señaladamente de *Elegías, Rimas varias, Cantares, Armonías y Ecos Nacionales,* cuando áun no tenia yo la honra de conocerle y tratarle. Lo mismo ha sucedido con otros señores, y de igual agradecimiento me considero deudor hácia ellos por haber trasladado, ya libros enteros, ya producciones aisladas, al inglés, italiano, catalán, francés, gallego, polaco, portugués, aleman y provenzal. Las personas á quienes me refiero, son: Rosalía Castro de Murguía, gallega; Telma Gildo de Campano y Luis Roumieux, franceses; Juan Fastenrath y Franz Heinrich Steilem,

alemanes; el príncipe William Cárlos Bonaparte-Wyse, irlandés; Gottardo Aldighieri y Luigi Gualteri, conde de Brena, italianos; Víctor Balaguer, catalán; Tomás Forteza, mallorquin; José Leonard, polaco; Cláudio Chaby, Cláudio José Nunes, Simöes Dias y J. Marcelino Mattos, portugueses. De algunas de las obras citadas se han hecho en Lóndres, en la Provenza y en Barcelona ediciones que me fueron regaladas por los autores que las tradujeron á sus idiomas respectivos.

El Patio de los micos.—Forma parte de *Los Abandonados,* coleccion ya terminada y próxima á publicarse.

Percances de la vida.—Es uno de los poemas humorísticos, realistas, de *La Arcadia moderna* (cuya primera edicion vió la luz en 1868), que, á su vez, figura en el *Libro de las Sátiras*, como este libro figura en la coleccion completa de mis obras en verso, de la que van publicados tres volúmenes con los títulos, respectivamente, de: *Ecos nacionales y Cantares.—Elegías, Armonías, Rimas varias.—Libro de las Sátiras.*

Madrid 20 de Octubre de 1880.

V. R. Aguilera.



ÍNDICE.

DE LOS

CANTARES.

DE LAS

ELEGÍAS.

DEL LIBRO

MAGNA-MATER.

DE LAS

ARMONÍAS.

DE LAS

RIMAS VARIAS.

DE

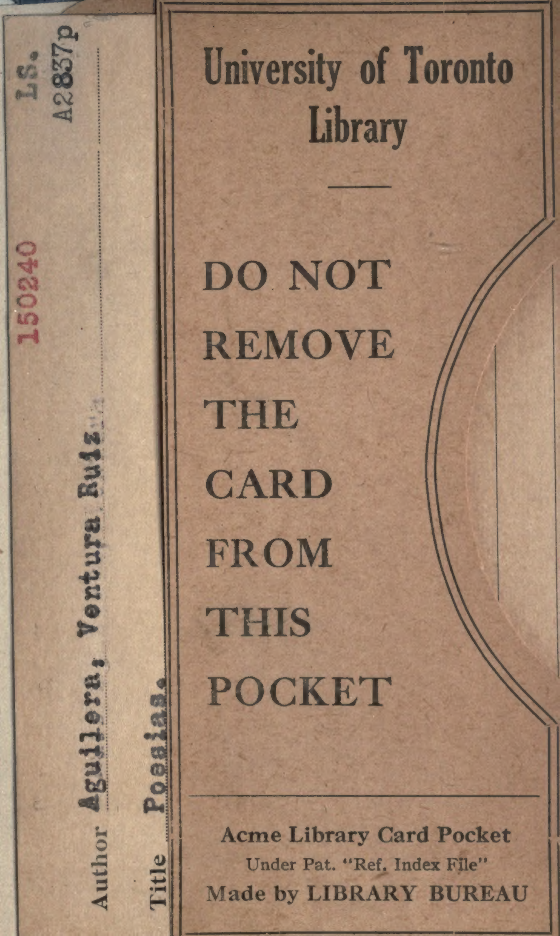
LA LEYENDA DE NOCHE-BUENA.

DEL LIBRO

LOS ABANDONADOS.

DEL

LIBRO DE LAS SÁTIRAS.


University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
A2837p
150240
Author Aguilera, Ventura Ruiz
Title Poesias.